

BOLSILIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

hermanos... de sangre

burton hare

Dan



HERMANOS... DE SANGRE

PUNTO ROJO Nº 526

©1972, Hare, Burton

©1972, BRUGUERA, S. A.

UUID: ae1eb3bc-8cd7-49d4-b348-578c5477847b

Generado con: QualityEbook v0.84

HERMANOS... DE SANGRE

BURTON HARE

Colección

PUNTO ROJO n.º 526

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS - MEXICO

COLECCION

PUNTO ROJO



Depósito Legal: B. 7.383 — 1972

Impreso en España — Printed in Spain

1ª edición: mayo, 1972

© BURTON HARE — 1972 *texto*

© ANTONIO BERNAL — 1972 *cubierta*

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2.

Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de

Editorial Bruguera, S.A.

Mora la Nueva, 2

Barcelona - 1972

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR
ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.118—Sangre en Venecia.

En Colección PUNTO ROJO:

522 — El muerto que no existió.

Capítulo 1

EL gran hotel resplandecía de luces en la noche. La masa imponente del edificio irguiéndose sobre el mar hubiera parecido un monstruo dormido de no haber sido justamente por las luces.

Ellas le daban vida.

Una vida agitada en sus entrañas, con una humanidad latiendo y viviendo, amando, odiando... y muriendo.

El reloj rozaba las dos treinta de la madrugada. Willy, el conserje de noche, aprovechaba para dar un vistazo a los resultados de las carreras de caballos.

Peter, el espabilado botones, daba frecuentes vistazos al conserje, y a la puerta de la oficina interior. Después, como quien no quiere la cosa, dirigía la mirada hacia la pared de cristal detrás de la cual, y bajo una suave luz que arrancaba chispas a sus cabellos, estaba Emery Caine, la hermosa telefonista.

Peter había perdido la brújula por la muchacha. No tenía muchas esperanzas, pero había muchos sistemas para emplear con Emery.

Uno de ellos eran los bombones.

Emery estaba tan loca por los bombones de chocolate como Peter por ella.

Así que la cosa parecía bastante fácil, si no fuera que una caja de bombones costaba demasiado dinero para adquirirla un día sí y otro también.

Por eso, Peter había llegado a un acuerdo secreto con el encargado de la dulcería del hotel, y esa noche justamente el acuerdo comenzaba a dar sus frutos.

Vio que el conserje estaba distraído. Tampoco en la oficina del señor

O'Donovan, el jefe de servicios, había actividad alguna, y se desplazó como quien no quiere la cosa hacia el rincón más próximo a la mampara de cristal.

Había una gran maceta con una hermosa planta tropical de grandes hojas, colocada estratégicamente en el rincón, entre los confortables butacones. De un zarpazo se apoderó del pequeño envoltorio oculto en la maceta, y como si se deslizara sobre el brillante mosaico desapareció detrás de los cristales.

Emery Caine estaba leyendo una novela de terror cuando Peter surgió a su lado como una aparición. Dejó escapar un pequeño grito, sólo para quedar bien, y luego susurró.

—Me asustaste, querido —sus larguísimas pestañas se movieron tan aprisa que el botones casi sintió el aire agitarse—. ¿Qué traes ahí con tanto misterio?

—Pensé que... que... estarías aburrida, todas esas horas ahí, y se me ocurrió...

—¿Sí?

El lanzó un dramático suspiro.

—Toma, para ti.

—¿Qué es, Peter?

—Bombones.

Esta vez el grito fue de entusiasmo, y lo bastante fuerte para que él empezara a preocuparse. Si el conserje se daba cuenta... Y Willy era un chismoso, eso todo el mundo lo sabía.

—¡Qué amable eres conmigo, querido Peter! —runruneó la muchacha, llevándose el primer bombón a la boca. Hubo un instante en que sus labios adoptaron una posición curiosa, casi como un rojo corazón. Peter comenzó a sentir como si flotara en el aire sólo con dejarse llevar de la imaginación.

Ella saboreó el bombón golosamente, casi sensualmente, según apreciación del encandilado Peter.

—Yo... tú sabes, Emery...

Se cortó, como le sucedía siempre. Ella le sonrió arrobadoramente, como incitándole a seguir.

Quizá lo hubiera logrado de no mediar el maldito teléfono.

Una luz verde se encendió en el tablero, al tiempo que un leve zumbido se alzaba de la centralita. Ella hizo un mohín y se volvió.

Estableció comunicación y habló con su voz dulce, profesional:

—¿Diga, señor?

Escuchó. Peter oía su voz con la misma devoción con que un melómano escucharía una sinfonía clásica.

Pero de pronto, aquella voz dulce saltó semejante al chirrido de una sierra:

—¿Qué está... diciendo...?

Instintivamente, la joven telefonista se levantó. Peter enarcó las cejas, asombrado.

—¡Emery! ¿Qué sucede?

Ella había quedado igual que petrificada. Una hermosa estatua de mármol rosado, la mirada desorbitada fija en el número cuyo pequeño bulbo verde seguía brillando.

—¡Emery! —repitió el muchacho, asustado.

Ella se tambaleó. Sus piernas cedieron y cayó sentada sin que ningún sonido brotara de su garganta. Sólo giró la cabeza y sus inmensos ojos miraron al botones como si no le hubiera visto en su vida.

El la sacudió por los hombros.

—¡Emery, por el cielo! ¿Qué te pasa? ¡Háblame!

—Peter...

Semejó un quejido.

—¡Sí, sí, soy Peter! ¿Qué...?

—Un... un crimen... El casi dio un salto.

—¿Estás loca? No matan a nadie por teléfono.

—No, no... llama a alguien... a Willy... o al señor O'Donovan.

—¿Hablas en serio?

—¡Oh, sí! En la doscientas seis... mira la comunicación...

El miró, la llamada había sido hecha, efectivamente, desde la habitación doscientos seis.

—Pero, ¿qué demonios te han dicho? Ella soltó un sollozo.

—¡Es horrible... esa voz! Llama a alguien.

—Avisaré al señor Downes — decidió Peter por su propia cuenta.

Rick Downes, en cuya puerta un rótulo dorado pregonaba que era el jefe de seguridad del hotel, no tenía una de sus mejores noches precisamente.

Esa tarde había perdido nada más y nada menos que cien pavos en las carreras de caballos. Además, un asunto sensacional con una rubia se había ido al diablo a causa aún no sabía bien por qué.

Y por si todo eso fuera poco, el insomnio le impedía descansar desde

que se metiera en su cama. Quizá fuera el suave zumbido del aire acondicionado, o el whisky que había trasegado a última hora en compañía de dos huéspedes a los que hubo que contentar porque eran gente importante...

De cualquier modo, estaba empezando a conciliar el sueño cuando los golpes en la puerta le hicieron dar un brinco entre las sábanas.

Parpadeó, ahogando un juramento. Los golpes se repitieron, apremiantes.

—¡Condenación! — bufó—. ¿Qué pasa ahora?

—¿Señor Downes? — dijo una voz que amenazaba quebrarse de un momento a otro—. Soy Peter, señor.

—Bueno, entra de una maldita vez antes que eches la puerta abajo.

El botones se coló en la habitación al tiempo que el detective del hotel encendía la lamparilla de la cabecera.

Dio un vistazo al rostro alterado del botones y frunció el ceño.

—Caray, ¿has visto un fantasma? Te juro que si me has roto el sueño... El botones jadeó, cortándole la voz:

—¡Un muerto, señor Downes!

—¿Dónde?

—En la doscientos seis.

—¿Lo has soñado, o alguien olvidó una botella de whisky fuera de su sitio?

—¡Asesinado, señor Downes!

Rick sacó los pies fuera de la cama sentándose en el borde.

Al incorporarse, un doloroso pinchazo en las sienes le recordó que quien había bebido demasiado había sido él. Hizo una mueca y gruñó:

—Un asesinato, ¿eh? Valiente historia. ¿Has visto tú un cadáver en toda tu vida, Peter?

—No, señor.

—Entonces, ¿cómo sabes que ése está muerto?

—No lo vi. Llamó por teléfono. Pregúntele a Emery...

—¿El cadáver llamó por teléfono?

Rick se había enfundado en los pantalones y estaba abrochándose la camisa.

—¡No, no! —jadeó Peter, apurado—. Alguien llamó por teléfono, desde la doscientos seis.

—¿Y dijo que había alguien muerto allí?

—¡Asesinado!

—Como todo esto sea un cuento de un borracho alguien va a pagarlo caro. Andando. Empujó al muchacho fuera de la habitación.

Cuando llegaron a la centralita Emery estaba temblando como si repentinamente hubiera entrado en una cámara frigorífica.

—¿Qué historia es ésta, muchacha? — le espetó Rick. Ella señaló la comunicación, todavía establecida.

—¡Dijo que estaba muerto, señor Downes! —sollozó la telefonista—. ¡Asesinado... lo dijo una y otra vez...!

—¿Quién infiernos dijo eso?

—No lo sé... una mujer... su voz era horrible... Rick Downes suspiró.

—¿Quién ocupa esa habitación?

—El señor Sam Jones.

—Ese nombre huele a cuento...

Echó a andar hacia la recepción. Willy abandonó el periódico y arrugó el ceño.

—¿Todavía levantado? —exclamó—. Si los pencos le han dado el mismo resultado que a mí no me sorprende que esté desvelado.

—Cien pavos. En la cuarta.

—Cincuenta. En la segunda — suspiró el conserje.

—¿Tienes la llave de la doscientos seis?

—No. Debe estar arriba.

—¿Quién es ese Sam Jones, es cliente conocido?

—Nunca le había visto. Entró ayer, a última hora de la tarde.

—¿Equipaje?

—Sólo una maleta, que yo recuerde. Un tipo bien parecido... Bueno, tuve la impresión de que iba a esperar a alguien, ya sabe...

—¿A una mujer?

—Eso pensé. El tipo clásico. Y aquí hay una nota suya... Una botella de champaña esta tarde, con hielo y dos cepas.

Rick empezó a preocuparse.

—¿Vino la dama?

—No lo sé. Si vino, no preguntó nada aquí abajo.

—Está bien. No deje que salga nadie del hotel. Willy se inclinó sobre el mostrador.

—¿Qué pasa, ha hecho algo ese tipo?

—En todo caso, le han hecho a él.

Se encaminó a los ascensores. A esa hora de la noche sólo había un

empleado en ellos, de modo que entraron en el aparato Rick y el botones. El detective gruñó el número de la habitación y el elevador salió disparado hacia arriba.

El pasillo era amplio, cubierto por una mullida alfombra que ahogó sus pasos cuando lo recorrieron casi en toda su extensión.

La puerta que buscaban estaba perfectamente cerrada. Rick llamó con los nudillos.

Nadie acudió a abrir.

Insistió, más fuerte, sólo para asegurarse. Luego, introdujo la llave maestra en la cerradura y abrió la puerta.

La luz estaba encendida. Ante él vio una salita confortable, con un tresillo, una baja mesita de centro, un aparato de televisión en la esquina y una estantería en la que había algunas chucherías de adorno.

En la mesita, un cubo mediado de agua, con una botella de champaña en la que faltaba la mitad. Dos copas con restos de bebida parecían extrañamente abandonadas una en cada extremo de la mesa.

Rick atravesó la salita. Peter se quedó pegado a la puerta cerrada. Casi le castañeteaban los dientes.

Rick empujó la puerta del dormitorio. También allí la luz estaba encendida, pero no había nadie, ni vivo ni muerto. La cama estaba revuelta y la almohada desplazada a un lado.

El detective se aproximó y palpó las ropas. Estaban frías.

Se dirigió al baño. Allí hubo de encender la luz porque estaba a oscuras. Y desierto.

Soltó una maldición y apagó la luz.

—Conque un muerto — rezongó — y asesinado por añadidura... Esa chica ha bebido.

—¿Emery? — protestó Peter—. Le aseguro que ella nunca bebe, señor Downes.

—Bueno, ¿ves tú algún «tieso» por aquí?

—No... claro que no. Pero quizá en el armario...

—Está bien, mira bajo la cama entretanto.

—¿Quién, yo? — jadeó el botones.

—¿Por qué no? Si hay un «tieso» no te morderá.

El abrió el gran armario empotrado. Había un traje colgado, un par de camisas y un pijama arrugado. La maleta estaba sobre el estante superior.

Se volvió. Peter no se había movido, como pegado a la puerta.

—Valiente héroe — rezongó el detective. Debajo de la cama no había ni siquiera pelusilla.

—Ya lo viste. Ni muertos ni vivos... Se bebieron la mitad de la botella, luego, algo pasó en la cama y al fin se largaron. Quizá él acompañó a la dama hasta su nido, cualquiera sabe. Vamos, salgamos de aquí.

Apagó las luces y volvió a cerrar la puerta al salir. Rezongando, disgustado, regresó a la centralilla telefónica.

La telefonista les miró con sus grandes ojos desorbitados.

—¿Quiere decir que no había nadie en esa habitación, señor Downes?

—Nadie, ni muerto ni vivo.

—¡Pero le juro que me llamaron! — insistió la muchacha, estremeciéndose.

—Sería de otro cuarto, quizá. Peter intervino:

—Yo vi encenderse la lucecilla de la doscientos seis. Fue de «esa» habitación desde donde hicieron la llamada. Puedo jurarlo.

El detective se alborotó su crespo cabello negro.

—Pues sería una broma, maldita sea su estampa. Alguien con un podrido sentido del humor en todo caso.

Se fijó en la novela que Emery tenía sobre el tablero.

—Niña, deberías cambiar de lecturas o acabarás viendo fantasmas a tu alrededor. ¿Por qué, en lugar de novelas de horror, no te dedicas a leer historias amorosas como todas las mujeres?

—Mire, señor Downes; eso no tiene nada que ver. Le juro que una mujer me dijo que había un hombre asesinado en la habitación... y su voz sonaba llena de miedo... aterrorizada...

—¿Qué más dijo?

—Nada más. Colgó tan pronto lo hubo dicho.

—Está bien, de todos modos no hables de eso con nadie. Y lo mismo vale para ti, Peter.

Giró sobre los talones y fue a reunirse con Willy, que había arrojado el periódico a la papelera y esperaba, muy preocupado.

—¿Ocurre algo, Downes?

El detective se encogió de hombros.

—Tal vez una broma, pero uno nunca puede estar seguro... ¿Hay inscrita alguna mujer sola en el hotel?

—Que yo sepa no.

—Asegúrese.

El conserje revisó las inscripciones y al final movió la cabeza.

—Ninguna — dijo.

—¿Ha salido alguien esta noche, poco antes de que me sacaran a mí de la cama? El hombre sacudió la cabeza.

—Nadie, de eso estoy seguro.

—Es curioso. No cabe duda que alguien ha llamado a Emery dándole un susto de muerte. Esa chica está un poco loca, pero no tanto como para oír voces que no existen. Y en la habitación no había un alma.

—Pero bueno, ¿puedo saber de qué se trata todo este lío?

—Una mujer le dijo a Emery que había un hombre asesinado en la doscientos seis, eso es todo.

—¡Cristo! ¿Y no era cierto?

—Afortunadamente. Cuando vuelva Sam Jones, reténgalo y llámeme. ¿Entendido?

—Muy bien, pero si todo ha sido una broma idiota no veo por qué hemos de preocuparnos. ¿Le parece que avise al señor O'Donovan?

—¿Para qué? Con que me hayan estropeado la noche a mí es suficiente.

Refunfuñando, el detective regresó a su habitación. Disgustado, se sirvió un poco de whisky y lo bebió puro. Encendió un cigarrillo, dudando entre acostarse inmediatamente o ponerse a leer un rato. Sabía que no podría conciliar el sueño hasta más tarde. De un tiempo a esta parte las cosas no iban bien en alguna parte de su cuerpo. Le costaba dormir, sus nervios estaban tensos y por cualquier motivo estallaba. Eso, en un hotel de lujo, podía resultar fatal.

Apuró el cigarrillo. Luego, apagó la luz y abrió el ventanal. Su habitación daba casi en la esquina, de modo que para ver el mar necesitaba asomarse. Se asomó. Le gustaba ver el resplandor de la luna sobre las quietas olas, y escuchar el eterno susurro del agua en las rocas.

Sólo que ahora escuchó algo más. Un débil grito.

El débil grito de una mujer.

Sacó medio cuerpo fuera de la ventana, preguntándose si lo habría oído realmente o se trataba de una jugarreta de sus sentidos, todavía preocupado por lo ocurrido anteriormente.

No escuchó nada más, excepto la canción del mar.

Salió de la habitación. En lugar de dirigirse por el pasillo hacia el vestíbulo, torció a la izquierda y se internó por el laberinto que conducía a las dependencias del hotel.

En la cocina, casi a oscuras, vio la silueta del vigilante dormitando sentado en una silla.

El hombre se levantó de un brinco al verle.

Rick gruñó:

—¿Ha pasado alguien por aquí en la última hora, abuelo?

—Nadie, seguro. ¿Hay algo que va mal, señor Downes?

—Maldito si lo sé. Tenga los ojos abiertos por si acaso.

Atravesó la inmensa nave. El aire olía a una mezcla extraña, de salsas, desinfectantes y cualquiera sabía qué.

Rick abrió la puerta que comunicaba con el exterior y salió.

Allí, el rumor del mar era más fuerte. Las olas se estrellaban a poca distancia, más allá de la esquina. Anduvo rápidamente, un poco avergonzado de sí mismo por estar perdiendo el tiempo de semejante manera.

No obstante, le pagaban un buen sueldo para algo más que para estar tumbado en la cama, así que prosiguió hasta las rocas y allí contempló el brillo de la luna en el agua, los escarpados riscos sobre los que se asentaba el hotel, la blanca espuma de las olas al romper con mansedumbre en las rocas, y más allá, la playa de fina arena exclusiva del establecimiento.

Rick conocía el terreno pulgada a pulgada. Sabía dónde estaban los rompientes y cada roca del risco y de la playa. En cierta forma, y a pesar de su clase especial de trabajo, el detective tenía mucho de romántico y había pasado infinidad de horas contemplando el mar, soñando quizá en incitantes aventuras con hermosas huéspedes...

Por eso descubrió el bulto oscuro en la arena, allí donde las olas morían. Un bulto que podría haber sido una roca si él no hubiese sabido que no había rocas en esa parte de la playa.

Con un juramento soltado entre dientes, Rick se descolgó por el risco hasta llegar abajo. Corrió hundiendo los zapatos en la fina arena sintiendo una extraña opresión en el pecho.

El bulto era un cuerpo humano, retorcido de mala manera.

Una ola le inundó los zapatos hasta los tobillos. Se inclinó, contemplando las largas piernas bellamente moldeadas que la corta falda dejaba al descubierto hasta los muslos. Un gran desgarrón de la

oscura blusa mostraba un breve sujetador lleno de sutiles encajes. El sujetador parecía sostenido sobre el cuerpo por el cuchillo hundido hasta la cruz en el pecho de la mujer.

Rick Downes agarró los chorreantes cabellos y tiró, volviéndole la cabeza. Vio un rostro hermoso de suaves facciones y labios carnosos. Los ojos estaban cerrados y gotitas de agua se desprendían de las pestañas.

Soltó la cabeza y ésta produjo un chapoteo al caer sobre el agua que en ese momento llegaba envuelta en espuma. De nuevo sus zapatos se inundaron sin que apenas lo advirtiera.

—Valiente embrollo —rezongó entre dientes—. Eso no va a gustarles nada a los jefazos...

Al fin, tomó el cuerpo entre sus brazos y retrocedió, dejándolo en la arena, pero fuera del alcance de las olas. Empezó a darse cuenta de que tenía los pies chorreando y los bajos de los pantalones también. Volvió a contemplar el hermoso rostro de la mujer muerta preguntándose de dónde diablos habría salido para llegar hasta la playa privada del hotel y hacerse matar allí.

Cuando se decidió a regresar arriba habían pasado escasos minutos, pero todo era ahora muy distinto.

Willy advirtió que algo sucedía sólo con verle la cara.

Luego, descubrió el rastro de humedad que sus pies dejaban en el suelo y exclamó:

—¿De dónde sale ahora, Downes? Está poniendo perdido el suelo.

—Telefonee a O'Donovan y que éste llame al director. La cosa va a ponerse buena.

—¿Qué cosa?

—Haga lo que le digo. Y déjeme una línea directa con el exterior en mi despacho.

—Está bien, pero... El ya no le escuchó.

Su oficina era un cuchitril pequeño, pero equipado lujosamente, destinado más a impresionar a cualquier visitante que a la efectividad.

Rick abrió el armario donde guardaba los vasos y las botellas. Llenó uno hasta la mitad y con él en la mano fue a sentarse junto al teléfono.

Bebió un sorbo. Después, descolgó y marcó un número que sabía de memoria. Una voz monótona dijo:

—Policía. Hable.

—¿Está de turno el capitán Maty?

—Creo que no... un momento, le pongo con Homicidios.

Hubo una serie de chasquidos y luego otra voz destemplada preguntó algo que Rick no entendió.

—¿El capitán Maty? — preguntó a su vez.

—Tiene libre esta noche. Le pongo con el teniente...

—Espere. Es con Jim Maty con quien deseo hablar. Deme su número privado.

—Lo siento, eso va contra el reglamento. ¿De qué se trata?

Downes dijo algo poco académico y colgó de golpe. Consultó la guía hasta hallar el teléfono del domicilio privado de Jim Maty.

De nuevo esperó un buen rato, hasta que una voz disgustada y soñolienta le llegó a través del auricular:

—¡Está bien! ¿Qué infiernos pasa ahora?

—¿Maty?

—Jim Maty... creo.

—Siento estropearle la noche, capitán.

—Ya me la estropeó. ¿Ha dicho su nombre o estaba demasiado dormido para...?

—Aquí Rick Downes.

—¡Cuernos! ¿Qué le pasa, tiene insomnio?

—Tengo insomnio, tengo resaca y tengo un cadáver. Cualquiera de las tres cosas es bastante mala.

—¿Dijo un cadáver?

—Un hermoso cadáver, capitán.

—¿En ese hotelucho?

—Si le oyeran los consejeros... Exactamente en la playa. —Y ya que me llama a mí imagino que se tratará de un asesinato.

—¿Qué otra cosa? Tiene un cuchillo hundido en el pecho.

—Y ha tenido que suceder en mi noche libre. ¿Por qué no avisa a la brigada y me deja en paz?

—Usted lo sabe. No quiero publicidad si puedo evitarlo. El hotel me paga para evitar líos, y los reporteros y todo lo demás no es una publicidad atrayente para nosotros.

—Ya veo... Está bien, estaré ahí en media hora, supongo. Espéreme fuera y ocúpese de que nadie vaya pisoteando la arena alrededor del cuerpo.

—Gracias, Maty.

—Sí, gracias...

Rick dejó el auricular y se echó atrás en la butaca, saboreando el whisky. No le encontró un sabor agradable precisamente.

Levantándose, fue al gran vestíbulo. Willy estaba loco de curiosidad.

—¿Puedo saber ahora qué pasa, Downes? O'Donovan está sobre ascuas. Ha llamado al director, pero quieren saber de qué se trata.

Rick empujó la puerta que comunicaba con el despacho del jefe de servicios. Era una oficina grande, y esa sí estaba destinada a ser eficiente. La atravesó y después de recorrer otro corto pasillo llamó con los nudillos a una puerta.

—¡Pase!

Entró. O'Donovan era un hombre delgado, todo nervios y eficiencia.

—¡Hombre, usted! —exclamó, abrochándose los pantalones.

—¿Qué ha dicho el director?

—Es mejor que lo ignore. No me sorprendería que quisiera despedirle sólo por romper su sueño.

—Va a tener otras preocupaciones. Hay un cadáver abajo, en la playa.

—¿Un qué?

—Una mujer muerta. Asesinada con un cuchillo. O'Donovan se estremeció.

—¿En «nuestra» playa? —jadeó.

—Ni más ni menos.

Se quedó sin habla. En menos de un minuto acabó de vestirse.

—Vamos — musitó sin voz.

Tomaron un elevador de servicio. La residencia del director estaba en el ático, un pequeño pero confortable apartamento en el que había luz cuando llegaron.

Hogart era el tipo clásico de director de un gran hotel. Alto, elegante, sofisticado, de ademanes que reflejaban su aplomo, tenía un rostro impersonal pero capaz de expresar a su antojo cualquier clase de emoción. Pero sólo cuando le convenía para el negocio.

Cuando entraron les miró y esta vez su expresión era de completo reproche.

—¿Puedo saber al fin qué clase de alboroto es ése, señor Downes?

—El alboroto no ha hecho más que empezar. Realmente, empezó cuando una mujer llamó a la centralita...

Cuando acabó de hablar, la ecuanimidad había desaparecido de la actitud del director.

—¡Imposible! —bufó—. Eso no había sucedido nunca en nuestro establecimiento... No quiero ni pensar en lo que dirán los consejeros...

—Creo que deberíamos preocuparnos más por los periodistas que por los consejeros

—gruñó Rick destempladamente.

—Señor Downes, no me gustan sus modales —estalló el director—. Nunca me gustaron, realmente. Pero es eficiente y por eso se le ha mantenido en su puesto. Sin embargo, no abuse de su buena suerte.

—Déjese de historias. Abajo hay un hambre y eso no pueden ocultarlo los consejeros ni nadie, señor Hogart.

Refunfuñando, los tres descendieron a la planta baja.

Uno tras otro se encaminaron a la playa, un silencioso desfile en la noche tibia.

—Usted se encargará de que haya la menor publicidad posible, señor Downes — dijo Hogart de pronto.

—Ya pensaba hacerlo...

Se interrumpió, deteniéndose estupefacto. En la playa no había ningún cadáver.

La hermosa mujer muerta había desaparecido.

Capítulo 2

EL capitán Maty se echó el sombrero hacia la nuca, perplejo.

Era un hombre alto y robusto, que había ascendido a fuerza de trabajo, inteligencia, habilidad y tesón.

—Si no le conociera bien, Downes, creería que bebió demasiado esta noche — rezongó de mal talante.

—Lo mismo pensé yo de la telefonista cuando me contó lo del fiambre de la doscientos seis.

—De modo que son «dos» cadáveres los que se han esfumado esta noche, en este hotel — dijo Maty.

—Uno seguro, el que yo retiré del agua. Del otro no sé más que lo dicho por la telefonista.

—Volvamos a esa dama del sutil sujetador y el cuchillo. ¿No la había visto usted nunca en el hotel?

—No.

Estaban en el pequeño despacho del detective, después de media hora de agitación en la playa.

El director y el jefe de servicios había vuelto a sus aposentos esperando que Rick pudiera arreglar el embrollo antes que comprometiera demasiado al establecimiento.

—Usted dice que oyó un grito desde su ventana, Rick. ¿Pudo ser la mujer que gritase antes de morir?

—Tal vez, no puedo asegurarlo.

—He visto las señales en la arena, allí donde la dejó usted. Eso hace que su historia no ofrezca dudas para mí, pero será muy difícil hacérsela creer a los demás, ¿Que sugiere que hagamos?

—Maldito si lo sé. Imagino que el asesino se escondía al verme llegar. O quizá se asustó cuando ella gritó y fue a ocultarse por si el grito había sido oído por alguien. Luego, cuando yo regresé al hotel, cogió el cuerpo y lo echó al mar. Junto al acantilado es muy profundo y hay un par de corrientes muy fuertes.

El capitán asintió, preocupado.

—¿Y el otro? —preguntó de pronto. Rick se encogió de hombros.

—Ni idea.

—Quizá lo ocultaron en otra habitación —aventuró Maty.

—Si pretende que empecemos a registrar todo el hotel, olvídelo. Tenemos casi lleno. Se armaría el escándalo más grande de toda la historia. No son gentes a las que si pueda molestar así como así.

—Tipos importantes y todo eso —rezongó el capitán con evidente disgusto—. ¿Qué espera que yo haga en estas circunstancias?

—Realmente, nada, Maty. Pero estaba preocupado cuando le llamé. De cualquier modo, si aparece un cadáver flotando en el mar, el cadáver de una mujer joven y bonita, avíseme. Trataré de identificarlo.

—Conforme. Otra cosa, Rick... quizá por la mañana resulte que falta alguna de sus huéspedes, ¿entiende? Si e así será usted quien debe avisarme a mí.

—Lo dudo. No tenemos ninguna que se inscribiera sola. Y si la muerta estuviera alojada aquí en compañía de su marido o de alguien la hubieran echado de menos, ¿no cree?

Maty hizo una expresiva mueca.

—No, si el marido, o alguien, como usted dice, fuera quien le hundió el cuchillo. Rick Downes se encogió de hombros.

—Ya veremos.

Al quedar solo encendió otro cigarrillo. Estaba fumando demasiado, reflexionó. El tabaco y la bebida acabarían por estropearle del todo.

Bueno, si no pudiera beber y fumar, ¿qué? Valdría más pegarse un tiro, o arrojarse desde las terrazas del hotel al acantilado.

Eran casi las cinco de la madrugada cuando volvió a salir de su despacho.

Para entonces, el hotel estaba silencioso como una tumba, a pesar de que en sus entrañas la vida latía con creciente ritmo.

Los sótanos, donde las máquinas que producían el aire refrigerado zumbaban ininterrumpidamente, semejaban una colmena bien organizada.

En las cocinas empezaban también las primeras actividades.

Y las brigadas de limpieza estaban ya en los bares, en la *boîte*, en los lujosos salones, en los comedores...

Y Willy continuaba en su puesto.

Rick se acodó al mostrador y dio un vistazo al desierto vestíbulo.

—¿Nada de Sam Jones, Willy? — preguntó.

—Ni rastro. No ha regresado todavía.

—Tal vez no regrese nunca más.

—Oiga, no sea ave de mal agüero, Downes...

—¿Dónde anda Peter?

—Supongo que consolando a la telefonista. Está chiflado por ella.

—Cualquiera con sus años perdería el control por una chiquilla como Emery... Oiga, Willy, ¿sabe usted cómo llegó Jones? Vino en coche, o en taxi... ¿cómo?

—No lo sé. Cuando él llegó estaba el otro conserje de servicio.

—Sí, claro. Pregúnteles a los del garaje, ¿quiere? Willy obedeció. El resultado fue negativo.

—Debió venir en taxi. No hay ningún coche de la doscientos seis abajo.

—Ya lo imaginaba. Me voy arriba.

—¿Adónde?

—A la habitación de ese Jones. Si llega entretanto, entreténgalo y llame a la doscientos seis. ¿Entendido?

—Seguro.

La habitación estaba tal como la dejaron en su visita con el capitán Maty. En realidad, no tocaron nada porque no había nada que tocar.

Plantado en el centro de la salita, Rick miró a su alrededor con el ceño fruncido. Todo hacía suponer que allí había tenido lugar una cita de amor, ni más ni menos.

Las copas de champaña, la cama revuelta, el equipaje que delataba al huésped de un día o dos. Rick tenía una larga experiencia.

Pero la experiencia no servía de mucho cuando mediaba una llamada anunciando un cadáver que luego no estaba donde debiera haber estado.

Pegó fuerte a otro cigarrillo. Bajó la maleta y la abrió.

No había nada en ella. Examinó incluso las bolsas laterales de raso para estar seguro.

En el cuarto de baño estaba todo en orden también. Una maquinilla

de afeitar eléctrica, un cepillo de dientes y un tubo de pasta, junto a una botella de loción masculina.

Refunfuñando, regresó a la salita. Se dejó caer sentado en el diván y fumó el resto del cigarrillo. Después aplastó la colilla en el cenicero.

Un cenicero perfectamente limpio. Se irguió repentinamente.

Una cita de amor en la que un hombre y una mujer beben champaña, lo más lógico es que también fumen.

Volvió a abrir el armario. Cuidadosamente, revisó los bolsillos del traje que colgaba allí. En uno encontró un papel arrugado. Había unos números escritos que no le dijeron nada. De todos modos, el papel tenía todo el aspecto de haber permanecido en aquel bolsillo durante meses, seguramente olvidado por su dueño.

Volvió a dejarlo. En otro bolsillo, sus dedos encontraron abundantes hebras de tabaco.

Ahora, Rick estaba seguro que, por lo menos el hombre, había fumado durante su charla preliminar con la mujer.

Comenzó a examinar el suelo de la habitación. Sabía con cuánto cuidado eran limpiadas todas las *suites* cada mañana.

Cerca de la mesita de centro vio un pequeño rastro de ceniza. No cabía duda de que alguien había limpiado el cenicero.

Del cuarto de baño tomó una toalla, envolvió en ella el cenicero y las dos copas de champaña y tras un último vistazo a su alrededor, abandonó definitivamente la habitación.

Poco después salía a bordo de su coche rumbo a la última comprobación que le faltaba para estar seguro de que algo había sucedido en aquella maldita habitación.

* * *

El reloj señalaba las ocho y unos minutos cuando el capitán Maty recibió el informe del laboratorio.

Escuchó por el teléfono interior, soltó un par de gruñidos y luego colgó.

—Bueno, Downes, parece que acertó.

—Lo suponía...

—A medias —le atajó el policía—. El cenicero fue cuidadosamente limpiado de ceniza y huellas dactilares. Por el contrario, en las copas, hay huellas suficientes para identificar a sus propietarios.

—¿No las limpiaron?

—En absoluto, En una, huellas de hombre. En la otra, de mujer. Clarísimas.

—Ahora es cuando lo entiendo menos todavía... Si se tomaron el trabajo de limpiar el cenicero, ¿por qué no limpiar también las copas?

—Quizá no hubo tiempo.

—Absurdo...

—Absurdo o no, eso es lo que tenemos, aunque de momento no nos lleve a ninguna parte.

—Por lo menos, sabemos que algo extraño sucedió en la maldita habitación doscientos seis. Permítame...

Levantó el teléfono y estableció comunicación con el hotel.

A esa hora ya se había realizado el relevo del turno de personal. Habló con el conserje de día, ordenando que nadie entrase en la habitación doscientos seis, y menos que nadie las camareras encargadas de la limpieza.

Cuando colgó dijo:

—Maty, no sé cómo acabará eso, pero no me sorprendería encontrar un cadáver bajo mi cama una de estas noches... Gracias por todo. Cuide de que se guarden esas copas por si tenemos a alguien con quién verificar las huellas.

—Lo haré, pero oficialmente, a ese respecto, no sé una maldita palabra. Rick abandonó el edificio de la policía sumido en un mar de dudas.

En el hotel, desayunó sin apetito, más preocupado cada vez.

El sol se elevó. El ritmo de un día más se desató en todo el inmenso edificio.

Tuvo noticias de que el director tenía un día pésimo y que había iniciado una inspección meticulosa de todos los servicios.

O'Donovan tampoco gozaba de buen humor según el conserje de día.

—Está pegando gritos ahí dentro —explicó—. Cualquiera creería que esa noche pasada no tuvo felices sueños.

Rick hizo una mueca.

—Tuvo pesadillas en todo caso. Supongo que el tipo de la doscientos seis no ha aparecido, ¿eh?

—Ni rastro, que yo sepa.

—Usted estaba de servicio cuando llegó, ¿no es cierto?

—Seguro, Downes. Un fulano agradable, si entiende lo que quiero decir.

—¿Vino en taxi?

—Sí; era el coche de Joe Kusak. Rick dio un respingo.

—¿Conoce al taxista?

—Ya le digo, era Joe. Hace muchos servicios para nosotros.

—Llámele.

—Oiga, si ha trabajado durante toda la noche no le gustará.

—Llámele, eso es todo. Luego, póngalo en comunicación conmigo, en mi oficina.

—Bueno, bueno, como quiera.

La voz del taxista era fuerte y clara cuando la escuchó a través del auricular.

—Soy Downes, el detective del Palladium —dijo Rick.

—Ya me dijo el conserje que quería usted hablarme... ¿De qué se trata?

—Usted trajo un huésped anteayer, a última hora de la tarde. ¿Lo recuerda?

—Seguro. Me dio un dólar de propina.

—Lo celebro. ¿Le había visto antes?

—No, señor.

—¿Recuerda dónde lo recogió?

—Sin ninguna duda. A la puerta del President House.

—Ajá. ¿Salió del edificio, o sólo estaba allí, esperando un taxi?

—Estaba esperando. Tenía una maleta en el suelo y estaba plantado en la acera hasta que me vio.

—Bueno. Oiga, Kusak, eso es importante. ¿Le reconocería usted si volviese a verle?

—Seguro, señor Downes.

—Muy bien, quizá vuelva a llamarle.

—¿Qué pasa, se largó sin pagar o qué?

—Algo así. Gracias por todo. Cuando vuelva por aquí diga que me avisen. Habrá algo para usted.

—Muchas gracias, no lo olvidaré. Rick colgó.

El President House era un edificio de apartamentos situado al otro extremo de la ciudad, lujoso y exclusivo. Si el tal Sam Jones había salido de allí debería ser fácil identificarlo.

De pronto se dijo que estaba tomándose mucho trabajo por algo de lo que no estaba seguro. Su obligación era cuidar del buen orden del hotel, no hacerles el trabajo a los polizontes.

No obstante, un huésped se había esfumado sin ninguna duda. Eso también era algo que le concernía.

Salió a dar su acostumbrada ronda por las dependencias. Era muy conveniente que el personal le viera por lo menos una vez al día. Eso les recordaba que podía resultar arriesgado apropiarse de alguna que otra botella de whisky de buena marca, cosa que ya había sucedido otras veces.

Salió a la terraza que daba sobre la playa. Allí, uno se sentía igual que suspendido sobre el mar y el abismo.

Acodado en la balaustrada, fumó un cigarrillo. No había nadie abajo aún, pero pronto la playa bulliría de gentes alegres, despreocupadas, dispuestas a divertirse. Mujeres adorables con sus breves bikinis...

Otras no tan sugestivas, pensó de pronto al ver a la que había aparecido allá abajo. Rick conocía a la señora Millson; era habitual del hotel.

También era quisquillosa, gruñona y desagradable.

Pero los Millson era una potencia en el estado, así que no había más remedio que soportarlos.

Aquella mujer era delgada como un sarmiento. Su cuerpo semejaba una tabla, y sus buenos cincuenta años habían acumulado solamente bilis en un carácter ya de por sí tempestuoso.

Se cubría con un traje de baño de colorines. Distraídamente, Rick la siguió con la mirada mientras se alejaba por la arena, en busca de su lugar habitual.

Al fin, tendió la gran toalla en la arena. Colocó su bolso al lado y la pequeña almohada de goma lista para ser utilizada.

Estaba de espaldas al mar cuando se irguió para tenderse.

Desde su observatorio, el detective la vio ponerse rígida y llevarse las manos a la cara.

Luego, su alarido semejó el lamento de muerte de un animal herido cruelmente por el cazador.

Rick dio un salto. El aullido, allá abajo, se repitió.

Por encima de él el detective oyó abrirse algunas ventanas.

Cuando el grito agónico de la mujer vibró nuevamente en el aire, el detective ya estaba corriendo como un gamo hacia el extremo de la terraza.

Una vez más, sus zapatos se hundieron en la arena rumbo hacia donde la señora Millson continuaba aullando.

Llego junto a ella. De cerca, apreció su piel desagradable en la que el

sol había dejado unas manchas oscuras.

—¿Qué le pasa? — exclamó, sujetándola por los brazos. Ella le miró aterrorizada.

—¡Allí! —jadeó solamente. Y entonces se desplomó.

Rick la soltó de un modo muy poco ortodoxo tratándose de una diente distinguida del hotel.

Pero al volverse había visto también lo que arrancara los gritos de la dama y un escalofrío recorría su espinazo.

Sobre las rocas, al pie del acantilado, había un amasijo sangriento que infundía espanto. No cabía duda de que era el cuerpo de un hombre, aunque roto y aplastado por la caída desde una gran altura.

Al acercarse descubrió el espeluznante aspecto de la cabeza incrustada contra la roca. Un brazo estaba torcido en un ángulo insólito, y el resto del cuerpo aparecía desgarrado, casi tanto como el pijama que llevara puesto al caer.

Rick levantó la mirada. El acantilado vertical se elevaba sobre él. En aquel escorzo apenas si podía verse nada del hotel, excepto la terraza que había más a la derecha.

Y de pronto comprendió cómo pudo desaparecer el cadáver de la habitación doscientos seis...

—Eso debió ocurrírseme antes — masculló entre dientes.

Estaban acudiendo algunos camareros y tras ellos un grupo de clientes.

—¡Párense ahí! — gritó.

Mandó a un empleado a ocuparse de la desvanecida señora Millson. A los demás los distribuyó alrededor del cuerpo.

—No quiero que nadie se acerque ahí, ¿entendido? Y para todo el que pregunte, se trata de un accidente. No conocen al muerto. ¿Está claro?

Se dirigió a la dirección. La actividad que siguió al descubrimiento del cuerpo del cliente estrellado en las rocas fue algo que Rick Downes no olvidaría fácilmente, sobre todo por la cantidad de energía y diplomacia que necesitó poner en juego para evitar la presencia de reporteros...

Capítulo 3

—BIEN —dijo el capitán—; ahora sabemos que hay dos cadáveres. Eso ya es algo. Rick hizo una mueca.

—Celebro que le parezca algo. Yo sé que tenemos «un» cadáver. El otro todavía anda danzando en alguna parte.

—No complique las cosas. Usted vio a la mujer muerta y yo creo su palabra. Es usted un tipo experimentado, Rick. Fue uno de los mejores oficiales de policía que he tenido a mis órdenes. Si usted dice que vio un fiambre es que lo vio. Y contando con ese tipo que estaba despatarrado ahí abajo son dos muertos. ¿Sí o no?

Downes se encogió de hombros.

—Estoy cansado, Maty. No he pegado ojo en toda la noche.

—¿Y qué con eso?

—Quiero decir que le dejo eh pastel para usted solo. Yo ya he evitado el escándalo y la publicidad. Ahora, encuentre usted al asesino... si puede.

—Lo encontraremos, seguro. En cuanto identifique al tipo ese... Sam Jones, las cosas se resolverán por sí mismas.

—Le apuesto doble contra sencillo a que ése no era su verdadero nombre.

—Desde luego, suena mal.

—Por si le interesa, es casi seguro que salió del President House, ese edificio nuevo que...

—Lo conozco. ¿Cómo lo averiguó usted, hombre?

—Por el taxista. Y ahora, llévase a sus esbirros y déjeme en paz, ¿quiere? Si O'Donovan se ha olvidado de mí quizá pueda dormir un

poco esta mañana.

—Es usted un tipo afortunado... De todos modos tenga los ojos abiertos por aquí, cuando no esté durmiendo, desde luego.

Riéndose entre dientes, el policía abandonó la pequeña oficina.

Rick Downes cerró la puerta y suspiró. Fastidiado, encendió otro cigarrillo diciéndose una vez más que estaba fumando demasiado.

Apuró el cigarrillo hasta el final. Tras esto, se encerró en su habitación, corrió las cortinas para mitigar la luz del sol y se echó sobre la cama después de arrojar la chaqueta sobre una silla.

Se durmió casi al instante.

Le parecía que acababa de cerrar los ojos cuando el estridente timbre del teléfono le hizo dar un salto y quedar sentado en el lecho, aturdido y parpadeando.

—¡Maldita sea! —bufó, descolgando el auricular—, ¿A quién se han cargado ahora? La voz del recepcionista dijo con calma:

—Llevo un siglo buscándole, Downes... Tenemos un problema.

—¿Qué clase de problema?

—Mejor será que venga aquí y se entere. Temo no poderlo manejar yo solo...

—Está bien.

Colgó y miró el reloj. Se llevó una sorpresa al advertir que eran las tres de la tarde. Había dormido mucho más de lo que imaginara y eso le reconcilió en parte con el conserje.

El vestíbulo estaba sumamente concurrido cuando llegó. El recepcionista le hizo una discreta señal.

—¿De qué se trata? —rezongó.

—He conseguido que el tipo se fuera al bar para esperarle a usted.

—¿Qué tipo?

—Joven, agresivo. Dice que anda buscando a su hermana y que está seguro que se encuentra aquí. Dispuesto a armar un escándalo si no le ayudamos a encontrarla.

Rick se estremeció al pensar en la muchacha asesinada que viera en la playa.

—Veré si le calmo —dijo, encaminándose al bar.

Estaba casi lleno, pero le fue fácil descubrir al individuo porque estaba solo en un extremo de la barra, ceñudo, con un vaso intacto ante él.

Se colocó a su lado. Hizo una señal al mozo y luego dijo procurando

controlar su voz:

—Entiendo que ha venido usted buscando a su hermana...

El hombre se volvió hacia él. Tendría unos veintiocho años y sus facciones correctas delataban la agresividad de su carácter.

—¿Es usted Downes? — gruñó.

—Para usted, señor Downes. No empiece a sacar los pies del cesto antes de hora.

—¿Qué demonios...?

—Mire, usted no es cliente del hotel. Ha venido aquí amenazando con armar escándalo. Mi trabajo es evitar los escándalos, de un modo o de otro. Así que no haga las cosas difíciles si puede evitarlo.

—Muy bien, se lo haré fácil — dijo rechinando los dientes de ira—. Sé que mi hermana está aquí, en este hotel. Quiero encontrarla, pero ese idiota de la recepción se ha negado a ayudarme.

—Su trabajo no es buscar a la gente. El mío, sí. ¿Cómo se llama su hermana?

—Marie Quinn. Yo me llamo Steve Quinn.

—¿Soltera o casada?

—Soltera.

—Aquí no hay ninguna mujer inscrita con ese nombre.

—Debe haber utilizado otro, quizá.

—Tampoco tenemos inscrita ninguna mujer sola.

El mozo depositó un vaso de whisky y hielo delante de Rick. Este lo tomó y bebió un sorbo.

Steve Quinn masculló:

—Yo no he dicho que estuviera sola. Puede... puede haberse instalado como esposa de alguien.

—Ya veo. ¿Puede decirme para qué quiere encontrarla?

—Eso maldito si le importa a nadie.

—A mí sí. ¿Qué edad tiene su hermana?

—Veinticinco.

—Mayor de edad. Para decirlo sin circunloquios, ella puede hacer lo que le dé la gana, amigo.

—¿Va a ayudarme usted sí o no?

—Me parece que no.

Bebió otro sorbo de whisky. Quinn estaba pálido y tenía los labios apretados de furia. Rick añadió:

—Suponiendo que ella esté aquí en compañía de un hombre, eso no

le concierne a usted ni a nadie, mientras no den motivo de escándalo al hotel.

—Si cree que desistiré de buscarla sólo porque a ustedes les asusta el escándalo...

—Ahí es donde se equivoca. A mí no me asusta ningún escándalo; simplemente, los evito. Ese es mi trabajo.

Durante unos instantes Quinn permaneció callado, dominándose. Al fin gruñó:

—Usted gana. Olvidemos el escándalo y todas esas tonterías. Todo lo que yo quiero es hablar con Marie. Encuéntrala y díglele que fije un lugar donde pueda verla, fuera del hotel.

—De nuevo confunde mis funciones aquí. Pero haré algo por usted... ¿Tiene alguna fotografía de su hermana?

—Por supuesto.

Sacó una cartera del bolsillo y de ella una foto tamaño postal.

Rick la tomó, examinándola. Suspiró cuando comprobó que no era la mujer que viera muerta en la playa, como había temido al principio sin saber muy bien por qué.

—Espere aquí — dijo.

Se llevó la fotografía, que mostró al conserje.

—¿La ha visto alguna vez por aquí? —indagó.

El hombre la miró con suma atención. Era la foto de una muchacha hermosa, de grandes ojos expresivos y labios carnosos.

—No — dijo—. Estoy seguro que no.

Hizo la misma pregunta al portero con uniforme de almirante, con igual resultado negativo.

Después al ascensorista, que sacudió la cabeza y murmuró:

—Es preciosa, ¿eh, señor Downes? La recordaría...

Estaba a punto de regresar al bar cuando un botones se le acercó apresuradamente.

—Le llaman al teléfono, señor Downes. Cabina número dos.

—Gracias. A propósito, ¿has visto alguna vez a esta dama? El botones miró la fotografía. Sin titubear dijo:

—Seguro. Estuvo aquí ayer tarde... a última hora. Rick dio un respingo.

—¿Sin ninguna duda?

—En absoluto. La recuerdo muy bien. Estaba sentada en una butaca, cerca de la palmera del rincón, mirando a los que entraban y salían.

Pensé que esperaba a alguien. Después, cuando regresé de un recado, ya se había ido.

—¿La viste hablar con alguien?

—Eso no. Sólo estaba ahí, sentada, muy quieta.

—¿A qué hora más o menos?

—Bueno... alrededor de las siete creo yo.

—Si vuelves a verla, llámame.

Fue al teléfono. Reconoció la voz del capitán Maty cuando le dijo:

—Las huellas dactilares del hombre muerto corresponden a las de una de sus copas, Rick. El muerto era Sam Iones.

—Estaba seguro de ello. ¿Ha logrado su identificación definitiva en el President House?

—Tengo a los muchachos ocupados en ese trabajo. Ya le diré lo que saquen en claro.

—No deje de hacerlo. Y gracias. Colgó, regresando al bar.

Buscó a Steve Quinn con la mirada y no lo vio. Sorprendido, le preguntó al mozo, quien elijo:

—Salió disparado poco después que usted se fue, señor Downes.

—¿Qué quieres decir con eso de que salió disparado?

—Bueno, estaba apurando su bebida. De pronto, saltó del taburete, dejó un billete sobre la barra y casi corrió hacia la salida. Ni siquiera esperó el cambio.

—Ya veo. ¿Te parece que vio a alguien y fue tras él, o más bien se esfumó temeroso de que le descubrieran?

El mozo se rascó el cogote.

—No sabría decirle. Sólo me fijé en sus prisas y en el dinero que dejaba.

—Está bien, olvídale.

El también apuró los restos de su propio whisky antes de volver a su despacho.

Estuvo unos minutos quieto, sentado ante la mesa, mirando la fotografía de la hermosa muchacha llamada Marie Quinn. Había algo en aquel rostro que le sugestionaba.

Quizá fuera la limpia mirada de los grandes ojos, profundos y sinceros, o la irresistible ternura de los labios sonrientes que inducían a pensar en un abismo de pasión...

De cualquier modo, Rick se confesó que en toda su vida no había sentido semejante impacto ante ninguna mujer, y menos viéndola

solamente en fotografía.

Entonces sonó el teléfono, rompiendo el hechizo, y la voz del capitán Maty acabó de arrancarle de aquel mundo que durante unos instantes le había elevado por encima del sórdido asunto que estaba en marcha.

—Rick, necesito que venga — dijo el policía—. Tenemos a la mujer apuñalada.

—Está bien, salgo ahora mismo.

—Hay algo más, pero se lo diré cuando llegue...

Colgó, guardó la fotografía en el bolsillo y salió en busca del coche.

Capítulo 4

EL encargado del depósito de cadáveres levantó la blanca sábana con un ademán indiferente.

Ni siquiera dirigió una mirada al cadáver. Rick Downes sí lo miró.

El capitán Maty, a su lado, gruñó:

—Bueno, ¿es la misma o no?

—Seguro. Esta es la mujer que yo encontré en la playa.

—Apareció flotando hace menos de una hora. No comprendo por qué el criminal se tomó el trabajo de arrojarla al mar, después que usted ya la había descubierto.

Rick no replicó. Estaba contemplando el blanco rostro de la muchacha muerta como si esperase verla revivir de un instante a otro.

—Apenas tenía veinte años... —murmuró.

—No creo que los tuviera — dijo Maty—. Estas chicas de ahora se meten en un lío tras otro...

El policía hizo una seña al encargado, quien corrió la sábana otra vez, cubriendo el rostro de la muerta.

Los dos echaron a andar hacia la salida, huyendo del frío y del penetrante olor a formaldehído que impregnaba toda la vasta estancia.

Al salir de nuevo al sol del exterior fue como si entraran en otro mundo. Un mundo lleno de vida.

—Me gustaría echarle el guante al bastardo que lo hizo — exclamó Rick de pronto —.

Tenerlo sólo cinco minutos a mi disposición.

—¿Qué le pasa ahora?

—Era apenas una chiquilla.

—Vamos, vamos, tómelo con calma. Es usted un veterano, Downes. Este se encogió de hombros y no añadió nada más.

Anduvieron hasta la esquina. Poco más allá estaba el edificio policíaco, de modo que en unos minutos estuvieron sentados en la oficina del capitán.

Downes estaba encendiendo un cigarrillo cuando Maty dijo:

—Identificamos al hombre, Rick; a Sam Jones quiero decir.

—¿Y...?

—Por supuesto, no se llamaba así. Su nombre auténtico era John Casey.

—Eso puede ser importante.

—No.

—¿Cómo?

—Casey estaba casado. Por lo visto había dificultades en su matrimonio. Tenía un negocio floreciente y dinero en el Banco. Cuando salió de casa con una maleta lo hizo para emprender un «corto viaje» de negocios... un viaje que le llevó al hotel.

—¿Vivía realmente en el President House?

—Efectivamente. Un apartamento lujoso por el que debió pagar una fortuna.

—Era lo que imaginé, de cualquier modo. Vino al hotel para una cita de amor... probablemente con esa chica del depósito. Un par de días de placer con esa monada y luego hubiera regresado a su casa después de un «provechoso viaje de negocios»... sólo que algo sucedió que lo echó todo por la borda.

—¿Qué cree usted que pasó?

—¿Cómo puedo saberlo?

—Sí, claro... nadie lo sabe excepto el asesino.

Rick aplastó la mitad del cigarrillo en un cenicero y se levantó.

—Voy a regresar al hotel —dijo de mal talante—. Llámeme si surge algo nuevo.

—Ya ha surgido —murmuró el capitán, dándole vuelta a un lápiz entre los dedos—. Le dije por teléfono que tenía novedades...

—¡Infiernos! ¿Qué espera para soltarlas?

—En primer lugar, las huellas en la otra copa corresponden a esa pobre chica sin ninguna duda. Comprobado.

—Era lo que podía esperarse. ¿Qué más?

—También identificamos a la muchacha...

Rick se irguió, esta vez realmente sorprendido.

—¿Tan rápido? — exclamó.

—En realidad, fue fácil. Estaba fichada, usted sabe.

—Ya veo. ¿Por qué cargos?

—La cazaron hace más de un año los de la Brigada de Costumbres.

—Entiendo; prostitución...

—Exactamente. Como era la primera vez salió bien del tropiezo, pero su ficha quedó en los archivos. Se llamaba Marie Quinn.

Downes pegó un salto.

—¿Cómo dijo? — bufó.

—Bueno, dije su nombre, el de esa chica. ¿Qué demonios tiene eso de raro? Marie Quinn... No es ningún nombre exótico, digo yo.

—Exótico quizá no, pero sí más falso que una moneda de plomo. Esta vez fue Maty quien se levantó poco a poco, boquiabierto.

—¿Falso? — jadeó—. ¿De dónde saca semejante idea?

—No es solamente una idea. Vea eso.

Colocó la fotografía que tanto admirara antes sobre la mesa.

El capitán la miró. Vio tan sólo una muchacha joven y extraordinariamente bella, pero nada más.

—Muy bien, es un monumento, de eso no cabe duda. Pero sigo sin ver de dónde saca usted la idea de que el nombre de la muerta es falso.

—La razón es sencilla, Maty... Marie Quinn es esa mujer de la foto.

—No lo creo. Está equivocado, Downes. Este sacudió la cabeza.

—Hablé con su hermano esta tarde... andaba buscándola. Él fue quien me dio la foto.

—Es indudable que hay algo muy raro en todo eso. Usted sabe cómo se verifica la identidad de una persona cuando es detenida, ¿no es cierto? Bien, pues Marie Quinn fue identificada por expertos.

—A menos...

—¿Sí?

—Quizá ese tipo mintió... o tal vez la muchacha, cuando la detuvieron, llevaba documentos falsos a nombre de Marie Quinn.

—Hábleme de ese individuo que buscaba a la mujer de la foto.

Rick le contó todo lo sucedido en el hotel con el irascible Steve Quinn.

—¿Y dice que desapareció apresuradamente antes de que usted regresara a su lado?

—Eso fue lo que me contó el mozo, y no tenía razón alguna para

mentir.

—Absurdo... Hemos comprobado incluso las huellas dactilares de esa desgraciada. Le aseguro que corresponden a las de la ficha que tenemos a nombre de Marie Quinn.

Rick tomó la foto, guardándola de nuevo en el bolsillo.

—Como le eche la vista encima a ese individuo —dijo sin disimular su mal humor—, le haré escupir un par de respuestas concretas, palabra.

Maty asintió.

—Mejor será que me llame —sugirió—. Nosotros también tenemos algunas cosas que preguntarle.

—Lo haré. ¿Tiene otras sorpresas por el estilo, o ya ha vaciado el cargador?

—Está vacío, amigo. Espero que la próxima vez sea usted quien me proporcione noticias.

—Yo me limito a proporcionarle cadáveres, Maty. Eso debería ser suficiente.

—¡Al diablo con usted!

Cerró la puerta y salió del edificio cabizbajo, maldiciendo para sus adentros aquel extraño embrollo en el que nadie era quien decía ser, en el que los hermanos no lo eran, los hombres de negocios tampoco... y ni siquiera los cadáveres se comportaban con seriedad.

Anduvo hasta su coche, en el estacionamiento que había más allá de la primera esquina, en un gran solar pendiente de construcción.

Atardecía. El sol se había hundido ya y una luz suave y tamizada comenzaba a envolver la ciudad.

Rick buscó las llaves del auto en los bolsillos.

Antes que las encontrara escuchó un extraño zumbido y un agudo golpe. En el cristal del coche apareció un orificio a cuyo alrededor se formó una complicada maraña de estrías.

Obrando por puro instinto, Downes saltó a un lado zambulléndose de cabeza al suelo en el instante en que el terrible zumbido vibraba una vez más, y un nuevo agujero I surgía como por arte de magia en el cristal.

Rodó sobre sí mismo. No llevaba armas. Casi nunca las llevaba porque en su trabajo jamás las necesitaba.

Ahora hubiera sido una gran cosa disponer de su fiel 38.

Hubo todavía otro disparo con arma silenciosa. Sólo j que ahora el

cristal no resistió el tercer impacto y, con un estallido, saltó en millares de partículas.

Guarecido detrás de otro coche, Rick se arriesgó a asomar la cabeza por una ventanilla. Llegó a tiempo de ver un convertible color crema acelerar brutalmente y perderse entre el tráfico.

Algunos asombrados espectadores empezaban a aproximarse.

Rick se levantó, sacudiéndose las ropas y maldiciendo todo a un tiempo.

Una mujer exclamó:

—¡Pudieron haberle matado...!

—¡Yo vi cómo huía! — cacareó otro. Downes se volvió en redondo.

—¿Vio usted al tipo que disparó?

—Este... no... no me gustan las complicaciones... Sólo vi el coche.

—¿Cuántos hombres iban en él?

—No sé... creo que sólo vi uno...

—¿Nadie pudo ver a ese individuo del auto? —preguntó casi a gritos.

Todo el mundo sacudió la cabeza. Uno tras otro perdieron interés en el asunto y se alejaron apresuradamente.

Nadie quería verse implicado en una encuesta policial, eso saltaba a la vista.

Downes sintió tentaciones de gritarles. Luego, lo pensó mejor y entrando en el coche arrancó, alejándose de aquella peligrosa vecindad.

Quince minutos después entraba en un taller cuyo propietario había pertenecido, igual que él, a la policía.

En pocas palabras le puso al corriente de lo sucedido. Luego, preguntó:

—¿Cuánto tiempo crees que tardarás en colocar el cristal?

—Un par de horas, supongo. Hay que buscar otro de recambio. Oye, ¿por qué quisieron volarte la cabeza, Rick?

—No lo sé. ¡Maldita sea! Te juro que me gustaría mucho saberlo.

—Bueno, imagino que sí sabrás en qué andas metido.

—Todo lo que sé es que encontré dos cadáveres. Pero la policía ha intervenido ya, dejándome al margen, de modo que no tiene objeto que la tomen conmigo por ese lado.

El mecánico se encogió de hombros. Luego dijo con sorna:

—Afortunadamente, tú eres soltero. Yo abandoné la policía porque mi mujer se ponía enferma cada vez que entraba de servicio. Tenía

miedo. Pero tú, sin una mujer de quien preocuparte...

—Quieres decir que siendo soltero pueden volarme los sesos sin mayores complicaciones, ¿eh? Vete al demonio...

Riéndose, su ex camarada le estrechó la mano y Rick se fue.

Cuando llegó al hotel era noche cerrada y no estaba precisamente de buen humor.

* * *

El conserje, Willy, tampoco parecía tener una buena noche.

—Me lo contaron, Downes — dijo por todo saludo—. Debió ser un buen embrollo, ¿eh?

—Y usted que lo diga.

—Hay días en que el destino parece complicarlo todo... Hay una nota aquí para usted.

Es referente a una habitación libre en la que alguien anduvo revolviéndolo todo...

Rick aguzó los oídos.

—¿Qué habitación?

El conserje consultó una nota escrita a mano.

—La doscientos diez. Las camareras la encontraron revuelta, con la cama deshecha y una silla volcada. El director se puso furioso. Dijo que eso sólo podía haber sido hecho por algún granuja del personal, que se llevó a esa habitación alguna chica.

—Deme la llave de la doscientos diez. ¿La arreglaron ya?

—Por supuesto.

—Ojalá hubiese estado yo aquí... Deme la llave de todos modos. Subió, refunfuñando.

La habitación estaba en orden. Las camareras, como de costumbre, habían hecho un buen trabajo.

Downes abrió la ventana y dio un vistazo al exterior.

Bajo él se abría el oscuro abismo del acantilado. Unos metros más allá había un roquedal que se internaba en la playa, pero bajo la ventana no podía ver más que la negrura de la pared de roca.

—Muy listo... — rezongó entre dientes.

Apagó las luces y salió al pasillo. Cabizbajo, regresó a la planta baja y devolvió la llave.

—¿Encontró algo? — indagó Willy.

—Nada.

—Bueno, ¿qué esperaba que hubiera allí?

—Sinceramente, no lo sé.

Se despidió con un ademán y minutos después estaba en su habitación con la esperanza de que en esa noche no hubiera más llamadas, ni más crímenes, ni siquiera un borracho que escandalizara obligándole a intervenir.

No tardó en acostarse, y apenas su cabeza tocó la almohada quedó profundamente dormido.

Sólo que tampoco esa fue una noche tranquila.

El teléfono dejó oír su voz con insistencia, una y otra vez, con machaconería.

Nebulosamente, Rick lo oyó como si viniera de muy lejos, pero no despertó. Giró sobre sí mismo, refunfuñando en sueños.

El timbre continuó machacando sus sueños implacablemente, hasta que consiguió rompérselos.

Parpadeó en la oscuridad, lanzó un sonoro juramento con voz ronca y descolgó el aparato de un violento zarpazo.

—¡Sí! — rugió—. ¡Habla Downes!

La vocecilla de la telefonista vibró a través del auricular:

—Lo siento, señor Downes...

—Más siento yo que me hayas despertado... ¿Qué hora es, Emery?

—Las dos y quince minutos, señor Downes.

—¡Infiernos! Otra noche maldita... ¿Han matado a alguien más, o qué te pasa?

—Por favor, no bromee con estas cosas, señor Downes...

—Entonces, ¿de qué se trata?

—Hay una llamada para usted. Urgente y personal.

—¿Personal?

—Sí, señor.

—¿De quién?

—No quiso dar su nombre... Es todo muy extraño, ¿sabe?

—¿Hombre o mujer?

—Hombre...

—Está bien, pásame la comunicación. Y no necesitas escuchar, linda, yo puedo solucionar mis propios asuntos.

—¡Oh, señor Downes! Nunca lo hago —protestó la muchacha.

Sonó el chasquido de la centralilla y una voz de hombre sustituyó a

la de Emery.

—¿Es usted el detective del hotel?

—Seguro. Y usted, ¿quién es?

—Necesito verle cuanto antes, Downes. ¿No es ése su nombre?

—Desde luego, así me llamo. Pero podía haber esperado a mañana, sea lo que sea que tiene que decirme.

—No puedo esperar. Es todo tan endiabladamente urgente que ya es bastante malo el tiempo que estamos perdiendo.

—No me ha dicho aún quién es usted.

—¿No lo hice?

—Seguro que no.

—Yo creo que... Bien, me llamo Steve Quinn. Rick dio un respingo.

—¡Quinn! —barbotó—. ¿Dónde diablos está usted ahora?

—¿Tiene algo a mano con que tomar nota?

—Seguro. Dispere.

Anotó las señas. Quinn insistió:

—Dese prisa. No tenemos mucho tiempo.

—No se mueva de ahí. Llegaré en cuestión de minutos.

Cortó la comunicación. Casi al instante marcó el número del capitán Maty. Le respondió una voz de mujer, una voz que él conocía bien.

—Oh, es usted, Downes — exclamó la esposa del policía cuando Rick se presentó —.

No, Jim no está aquí.

—Gracias, trataré de localizarlo en su despacho. Celebro oírlo, señora Maty.

—Yo también a usted. Jim dice que ahora ya no quiere tener tratos con los viejos amigos, Downes. Nunca viene a cenar con nosotros.

—Estoy endiabladamente ocupado en este hotel, palabra. Pero lo arreglaré para una de estas noches.

—Ojalá sea cierto...

—En caso de que su esposo regrese pronto, dígame que me llame, por favor.

—Lo haré.

Colgó tras despedirse y comunicó con la oficina del capitán.

Una voz destemplada le dijo que el capitán Maty había salido en comisión de servicio y que no sabían cuándo regresaría.

De mal talante, Rick colgó de golpe.

—Al diablo — gruñó—, lo haré yo solo.

Se vistió apresuradamente y corrió al garaje. El encargado le recibió con cara de sueño.

—Necesito un coche —tronó el detective—. El mío está en reparación.

—Tome la furgoneta, señor Downes. Es el único vehículo del hotel disponible. El señor

O'Donovan se llevó el sedán y todavía no ha regresado.

—Está bien.

La furgoneta salió zumbando por la rampa hasta la calle.

No era un auto como para hacer carreras, pero Rick mantuvo hundido el acelerador hasta el fondo aprovechándose del escaso tráfico de las calles.

La casa cuyas señas había anotado era un edificio de tres plantas. En los bajos había una licorería, cerrada y con el escaparate a oscuras protegido por una reja.

La puerta de la escalera estaba junto al escaparate, abierta y tan negra como la tinta.

Downes entró en la oscuridad, tanteando hasta localizar la escalera. Con las puntas de los dedos encontró una puerta cerrada a la derecha. Tras esto, tropezó con el primer escalón y comenzó a subir a tientas.

En la segunda planta se detuvo. Encendió una cerilla para ver dónde estaba la puerta.

La tenía casi pegada a las narices.

Llamó con los nudillos y esperó, recordando la urgencia de la voz que le había hablado por teléfono.

Nadie acudió a abrir. Una extraña sensación de inquietud le invadió produciéndole escalofríos.

Llamó de nuevo, esta vez más fuerte. Tampoco ahora obtuvo resultado alguno. Probó el tirador, pero la puerta estaba cerrada y no cedió.

Envuelto en la oscuridad, en medio del completo silencio, Rick pensó que quizá se había equivocado de dirección. Saldría a la calle y lo comprobaría una vez más.

Entonces escuchó un leve roce sobre su cabeza, como el producido por un animal al acecho... o por un pie al desplazarse con infinito cuidado.

Se puso rígido. Volvió a maldecirse por no haber sacado el revólver del cajón donde lo guardaba.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó con voz queda. Silencio.

Encendió otra cerilla sólo para ver los escalones que se perdían en la oscuridad, hacia arriba. Comenzó a subir y a mitad del recorrido la cerilla le chamuscó los dedos.

La soltó, deteniéndose para encender otra y continuar hacia arriba.

Esta le duró hasta que su cabeza asomó en el rellano superior. Se quemó otra vez los dedos y con un juramento volvió a quedarse a oscuras en el instante en que unos pies, sobre él, cambiaban de lugar.

Incluso, en medio del impresionante silencio, escuchó una violenta respiración contenida a duras penas.

—Si alguien quiere jugar al escondite... — rezongó en voz alta. Justo en aquel instante abajo una puerta se abrió.

La puerta de la segunda planta.

Rick dio un salto atrás, trastabilló en la oscuridad y estuvo a punto de caer. Luego, se lanzó escaleras abajo apresuradamente.

La puerta que antes estuviera cerrada por dentro apareció ahora abierta de par en par, al tiempo que alguien descendía la escalera a saltos, huyendo.

El detective ni siquiera titubeó. Echó a correr y al llegar abajo captó la apresurada visión de un hombre precipitándose hacia el portal.

Con un salto inverosímil, Rick brincó por encima de la barandilla. Voló materialmente en el aire antes de estrellarse contra la espalda del fugitivo, quien emitió un grito de ira y desesperación.

Ambos rodaron por el suelo. Rick notó el tremendo porrazo en todo el cuerpo, pero se levantó como impulsado por un resorte.

El otro no perdió tiempo tampoco. Saltó sobre sus pies y descargó un trallazo que cazó al detective en un lado de la cabeza, arrojándole hacia atrás.

Con un rugido, Downes atacó. Pocas veces se había sentido tan enfurecido como entonces.

Su primer golpe cazó al fugitivo en el estómago, doblándole con violencia. Disparó la rodilla hacia arriba, pero sólo pudo golpearle de refilón debido a la oscuridad y repitió el zurdazo.

Su puño encontró la sólida mandíbula de su enemigo. Sonó un grito y el hombre retrocedió a trompicones hasta estrellarse contra la pared.

Rick atravesó el estrecho zaguán mascullando maldiciones. Recibió un golpe en un costado que casi le cortó la respiración, pero una vez más su puño como una roca acertó en alguna parte vital del otro, porque sonó un agónico quejido y el hombre retrocedió a trompicones.

Si hubiese habido un poco de luz, la lucha no hubiera durado ni un minuto más, porque Downes era un experimentado luchador y, además, estaba enfurecido.

Pero en la oscuridad debía guiarse por los sonidos para pelear. Avanzó tratando de localizar al otro, pero sólo encontró la pared.

Se detuvo, conteniendo la respiración, intentando saber hacia qué lado debía golpear.

Entonces, arriba, en el piso, estalló un alarido terrible que hizo añicos el silencio y le paralizó unos instantes, lleno de estupor.

Agazapado, dudó entre continuar la lucha o correr en auxilio de quien fuera que había lanzado aquel aullido estremecedor.

Su enemigo le sacó de dudas.

Frente a él, un poco a la izquierda, hubo un fogonazo y el estampido de una pistola retumbó como una bomba. La bala, disparada a ciegas, pasó lejos de Rick, pero la sintió estrellarse contra la pared y después alejarse con un agudo chillido.

Saltó instintivamente de costado. La pistola disparó de nuevo y tras esto el enemigo corrió, pasó el portal como un rayo y se perdió en la calle.

Downes corrió tras él. Le vio cuando doblaba la esquina.

No tenía ni una oportunidad de alcanzarle, pero le quedaba la esperanza de que alguien interviniera, algún guardia de las rondas nocturnas quizá. Así que echó a correr como un gamo.

Tan pronto dobló la esquina comprendió que había fallado.

Las rojas luces de un auto se apartaban de la acera. El tipo debió arrancar en segunda, porque el convertible pegó un salto hacia adelante y se alejó a una velocidad endiablada.

Era de color crema.

Rick se quedó unos instantes plantado en la acera, furioso por haber fracasado. Sin ninguna duda, aquel era el mismo criminal que había intentado matarle a tiros en el estacionamiento.

Mientras regresaba hacia la casa advirtió que algunas ventanas se habían abierto, pero nadie parecía dispuesto a intervenir.

Los disparos, en el reducido espacio del oscuro zaguán, so debían haber resonado excesivamente en la calle. Eso explicaba la escasa alarma levantada.

Subió las escaleras a saltos, exponiéndose a romperse la crisma.

La puerta del segundo piso continuaba abierta de par en par mostrando un interior alumbrado por una lámpara de techo.

Sólo entonces cayó en la cuenta de que en ninguno de los demás pisos de la casa había aparecido nadie. Tal vez estuvieran deshabitados.

Entró, ahora con ciertas precauciones. Ante sí apareció un *hall* espacioso y bien amueblado, pero sin el menor signo de vida.

Lo atravesó en dos zancadas, plantándose en el umbral de una arcada interior. Allí sí había alguien.

Alguien muerto sin duda.

El hombre yacía boca abajo y alrededor de su cabeza aplastada estaba ampliándose un gran charco de sangre. Junto a la cabeza vio una pequeña escultura de metal sucio de sangre y cabellos adheridos a causa del atroz golpe que el asesino había descargado con ella.

Desentendiéndose del cadáver, Rick inspeccionó el resto del apartamento apresuradamente.

No había nadie más allí.

Pero alguien había gritado mientras abajo peleaba con el asesino... Una mujer sin ninguna duda.

Perplejo, regresó a la sala donde el muerto continuaba ensuciando el suelo.

Con cuidado de no ensuciarse las manos, ladeó *un* poco la cabeza, tratando de identificar al individuo. Estaba seguro que era Steve Quinn, el mismo que había hablado con él en el hotel.

No fue difícil comprobar que estaba equivocado. Nunca había visto antes a aquel hombre.

Estaba incorporándose cuando un vozarrón estalló a sus espaldas:

—¡Levante las manos y no se mueva!

Era una voz seca, autoritaria, una de esas voces que no admiten réplica.

Por otra parte, no podía tratarse del asesino porque éste hubiera disparado sin previo aviso.

De modo que Rick Downes acabó de levantarse con las manos por encima de su cabeza y permaneció muy quieto.

—Muy bien — ordenó el intruso—. Ahora vuélvase despacio, para que le vea la cara. Lo hizo, encontrándose con un policía que le apuntaba con su revólver de reglamento. Suspiró, aliviado.

El guardia gruñó:

—Eso se llama pillarle con las manos en la masa, bastardo. Ha hecho un trabajo muy sucio.

—Tómelo con calma. No es como usted piensa.

—Seguro que no. Acérquese a la pared, apoye los dedos índices en ella y dé un paso atrás. ¡Vivo!

Sabía que el guardia estaba cumpliendo con su deber. El mismo, en otros tiempos, se había comportado exactamente igual.

Así que obedeció, dejando que el policía le registrara de arriba abajo hasta asegurarse que no llevaba arma alguna.

—La mujer que me llamó dijo que oyó disparos... ¿Qué hizo usted con la pistola?

—¿Puedo enderezarme?

—Sólo cuando yo se lo diga. ¡Responda! ¿Qué hizo con la pistola?

—Estamos perdiendo el tiempo, guardia. No he disparado ni un tiro, sino que han disparado contra mí. Por otra parte, yo no maté a ese fulano. Telefonee a la Brigada de Homicidios y avise al capitán Maty. Ya tiene antecedentes de este asunto.

—No trate de confundirme, maldito sea. ¿Qué pasó aquí? Rick comenzó a impacientarse.

—¡Llame a la brigada! Dígale a Maty que soy Rick Downes y él lo aclarará todo.

—Downes, ¿eh? No me dice nada.

—¡Por Dios, hombre, no sea idiota! Llevo toda mi documentación en el bolsillo. Soy el detective del hotel Palladium.

El policía titubeó. Comenzaba a dudar del terreno que pisaba.

Por otra parte, en la escalera se oían voces de los curiosos que acudían atraídos por el suceso. No iba a poder manejar el asunto él solo.

—Muy bien, puede apartarse de la pared, pero siéntese en ese sillón, donde yo pueda verle.

Downes obedeció, acariciándose los doloridos dedos.

Sin dejar de vigilarle ni un segundo, el guardia marcó un número en el teléfono, protegiendo el auricular con un pañuelo para conservar las posibles huellas dactilares.

Cuando acabó de hablar rezongó:

—El capitán Maty no estaba en su despacho, pero viene el teniente Willard. Ya le explicará a él toda la historia.

—Oiga, ¿quién le llamó?

—Una mujer. Salió a la ventana y dijo que había oído disparos y que después dos hombres habían pasado corriendo por la acera... Otro tipo me dijo que les había visto salir de esta casa y así llegué hasta aquí.

—Debí suponerlo... ¿Sabe usted si vive alguien más en los otros

pisos?

—Nadie, a excepción de éste...

—¿Conocía usted al inquilino?

—No..., y cierre el pico.

Downes encendió un cigarrillo. No comprendía nada de todo aquello y cada vez estaba más confuso.

Tuvo tiempo de fumarse dos cigarrillos antes de que el teniente Willard llegara con gran acompañamiento de sirenas, ayudantes, peritos y fotógrafos.

Durante treinta minutos Rick Downes estuvo muy ocupado dando explicaciones y tratando de aclarar, en obsequio del teniente, lo que incluso para él era un misterio.

Capítulo 5

RICK encendió el último cigarrillo que le quedaba.

A su alrededor había tenido lugar la rutina policial y al fin el apartamento había quedado casi tan silencioso como cuando él llegó.

Los fotógrafos se habían marchado. Los peritos estaban guardando sus instrumentos y el cadáver acababa de ser retirado. En el suelo quedaba la nauseabunda mancha pardusca y la silueta del cuerpo dibujada con tiza.

Y, junto a la puerta, hablando con voz queda, el teniente Willard daba las últimas instrucciones a su ayudante.

Cuando volvió al interior empujó su sombrero hacia atrás y gruñó:

—El capitán Maty está en camino. Espero que él sepa más que yo de todo este maldito embrollo.

Downes se encogió de hombros, fastidiado.

—Nadie sabe mucho al respecto, como no sea la certeza I de que están apareciendo cadáveres en abundancia.

—Y por lo que usted me ha contado, nadie sabe tampoco a ciencia cierta quiénes son esos cadáveres.

—Excepto uno.

—Excepto uno, es cierto. Otra cosa que también me gustaría saber —añadió el policía—, es quién era la mujer que chilló mientras usted estaba abajo, sacudiéndose con el criminal.

—Ni siquiera la vi. Debí abandonar la casa cuando salí corriendo detrás del bastardo que me soltó dos tiros.

La llegada del capitán Marty cortó el diálogo. Pidió que le explicasen lo sucedido, y tampoco él pareció muy satisfecho con la historia.

—Eso no tiene ni pies ni cabeza. Downes, si ese Steve Quinn le llamó por teléfono, forzosamente debía saber que usted estaba a punto de llegar, y, sin embargo, no dudó en liquidar a ese tipo, sea quien sea, y luego trató de matarle a usted. ¿Cree que sólo le hizo venir para tenderle una trampa?

—Eso fue lo que pensé al principio. Pero la cosa no parece tan fácil... Si únicamente quería liquidarme, todo lo que tenía que hacer era abrir la puerta cuando llamé y soltarme dos tiros. No; no creo que fuera ésa la razón de su extraña conducta. Aunque sin ninguna duda es el mismo individuo que ya quiso matarme en el estacionamiento, tal como les he explicado.

—Hay muchas cosas absurdas en este embrollo, Rick... Por ejemplo: ¿por qué la mujer estaba oculta en el rellano del tercer piso? Creo que podemos suponer que subió a ocultarse allí cuando le oyó llegar a usted, pero, ¿qué estaba haciendo ella aquí?

—No se me ocurre una sola razón válida para el comportamiento de esa desconocida. Debió darse mucha prisa en huir cuando yo salí a la calle. Estuve afuera apenas dos minutos.

Willard carraspeó. Luego dijo:

—También me sorprende que el criminal, con el poco tiempo de que dispuso, tuviera la sangre fría necesaria para desperdiciarlo vaciándole los bolsillos al muerto. No le dejó ni el polvo. Nada en absoluto.

—Eso sí tiene una explicación razonable —terció

Rick—. Quiso retrasar todo lo posible la identificación. Si ya se tomó la molestia de arrojar el cadáver de una mujer al mar, sólo para que no pudiésemos saber quién era, y antes que eso ya había hecho desaparecer otro cadáver de una habitación...

—Se me ocurre que nuestro asesino es un tipo muy activo, ¿no creen? —masculló el teniente.

—Una atareada hormiguita —dijo Maty rechinando los dientes—. Me gustaría mucho saber si piensa obsequiarnos con algún otro «tieso» antes que consigamos echarle el guante.

—Yo estaría dispuesto a apostar que en sus cálculos entra otro asesinato —murmuró Rick

—¿El suyo, Downes? —rió el capitán

—No bromeé con mi cabeza. No... Me refería al de la mujer que salió de aquí esta noche... y cuya fotografía ya vio usted.

—¿Qué le hace pensar eso?

—El interés de Quinn por encontrarla. No dudó en arriesgarse

mostrándose a cara descubierta, sólo para localizarla. Eso hace que ella sea muy importante para ese maldito tipo.

—Downes, acaba usted de darnos una excelente razón por la que el asesino quiera matarle. Usted es el único que puede identificarle a él. ¿Ha pensado en eso?

—Le aseguro que ese pensamiento me pone enfermo.

—Mejor será que viva prevenido, si quiere conservar la cabeza sobre los hombros — aconsejó Willard.

—Lo mismo digo, Rick. No me gustaría tener que investigar tu propio asesinato.

—Me largo. Entre los dos conseguirán que me preocupe más de la cuenta.

—Vuelva al hotel, pero no dude en llamarnos si por casualidad ve a Quinn en alguna parte.

—No creo que sea lo bastante loco para venir a mi encuentro de ahora en adelante, pero de cualquier modo lo tendré en cuenta.

Se despidió, reflexionando amargamente en que esa noche también estaba perdida por completo...

* * *

Había amanecido cuando entró en el vestíbulo del hotel.

Willy, tras su mostrador, daba frecuentes miradas al reloj, quizá pensando que las manecillas se movían más despacio que de costumbre.

Pero cuando advirtió la presencia de Rick olvidó el reloj momentáneamente.

—Ya empezaba a pensar que no apareciera usted, Downes.

—¿Qué pasa, más problemas?

—En todo caso, es uno de esos problemas que resultan muy agradables de resolver.

—¿De qué está hablando?

—De la chica.

Rick dio un respingo.

—¿Qué chica?

—Está esperándole hace horas. Vino que todavía era noche cerrada. Una damita por la que uñó haría cualquier cosa, desde andar cabeza abajo hasta pegarse un tiro.

—Pégueselo si quiere, pero después de decirme dónde está ahora ese

monumento.

—Bueno, le dije que podía esperarle en el bar. No hay nadie allí ahora, de modo que su presencia no puede despertar ninguna curiosidad.

Aún estaba hablando cuando ya el detective se encaminaba al bar moviéndose con grandes zancadas.

La mujer estaba sentada en una mesa adosada a un rincón. Erguida y muy tiesa, no advirtió la presencia de Downes hasta que éste carraspeó.

Entonces ladeó la cabeza y se levantó al verle.

—Soy Rick Downes...

Se interrumpió de pronto al fallarle la voz.

Aquella era la muchacha de la fotografía que continuaba en su bolsillo. Sólo que entonces no parecía tan hermosa.

Su cara estaba extremadamente pálida y profundos círculos oscuros rodeaban sus ojos. Toda la piel de sus mejillas parecía tensa como un pergamino.

Estaba rígida ante él, apretando su pequeño bolso entre las manos, estrujándolo casi.

—Siéntese —dijo Rick—. ¿No se encuentra usted bien?

—Usted... usted es el detective del hotel, ¿no es cierto? Su voz temblaba.

—En efecto.

Volvió a sentarse, muy rígida, tan tensa como un cable.

El tanteó instintivamente sus bolsillos en busca de un cigarrillo antes de recordar que había agotado el paquete en el apartamento del crimen.

Se hundió en una butaca frente a la muchacha. Ella tenía unas piernas largas, perfectas. Vestía con elegancia y la estrecha falda moldeaba apretadamente sus muslos bajo una cintura delicada y frágil.

—Bueno, dígame qué puedo hacer por usted a estas horas... A juzgar por lo que me ha dicho el conserje, usted tampoco ha pegado un ojo esta noche, así que no perdamos tiempo.

De pronto se le ocurrió que aquella muy bien podía ser la mujer que gritó en el apartamento mientras él luchaba con el asesino, la misma que permaneció oculta en el tercer rellano cuando todo se precipitó.

Sólo que si era así no comprendía por qué ahora acudía a él. Y ella dijo con una voz delgada, a punto de quebrarse:

—Yo... no sé aún por qué he acudido a usted. Estoy tan asustada...

—¿Por qué está asustada?

—Es algo increíble, sórdido y terrible, señor Downes.

—Ya que está aquí, cuéntemelo sin rodeos.

—Creo que he venido porque aquí empezó todo... y porque sé que está trabajando también en este caso. Y porque él creía lo mismo.

Su voz se extinguió como si le faltara el aliento.

Rick sacudió la cabeza.

—No tengo uno de mis días brillantes — gruñó—, pero de cualquier modo no entiendo nada. ¿Por qué no empieza por el principio y me dice con claridad qué quiere de mí, empezando por su nombre, por supuesto?

—Oh, sí, claro... Me llamo Marie Quinn.

Él había esperado algo semejante, pero a pesar de todo se quedó mudo. Ella escrutaba su rostro con expresión anhelante.

—Bien, parece usted sorprendido, señor Downes...

—Lo estoy, en cierta forma. Vamos a hacer las cosas por orden para que no haya líos después. ¿Tiene su documentación a mano?

—Por supuesto, pero...

—Deje que la vea.

Sorprendida, ella abrió el bolso y le mostró su tarjeta de identidad y el permiso de conducir.

Ambos eran auténticos, extendidos a nombre de Marie Quinn y con su fotografía perfectamente clara.

—Ajá, ahora por lo menos sé que usted es realmente usted — rezongó él, devolviéndoselos.

—No comprendo...

—Hubo otra Marie Quinn, según mis noticias.

—¿Otra...?

—Eso dije.

—Eso es absurdo, increíble.

—Todo este asunto es absurdo e increíble. Y podría añadir algunos calificativos más.

Ahora veamos su historia, ¿sí?

—Creo que empiezo a comprender... Otra Marie Quinn, naturalmente... eso lo explicaría todo...

—De momento, a mí no me aclara nada. Ella se estremeció.

—Yo... yo fui quien llamó desde una habitación de este hotel, la otra noche, cuando encontré un hombre muerto.

Rick se irguió, perplejo.

—¿Usted? Yo creí que había sido la otra. ¡Maldita sea! En este maldito embrollo nada es lo que parece... Pero siga, aunque hágalo con cierto orden, por favor.

—Tal vez sea mejor que le diga por qué vine. Todo empezó en Bakersfield cuando alguien me llamó por teléfono. Una mujer, ¿sabe? Fue una cosa tan ridícula que no hice caso.

—¿Usted vive regularmente en Bakersfield?

—Sí; tengo una gran perfumería allí. Siempre he vivido en el mismo sitio, en la casa que fue de mis padres.

—Bien, adelante. ¿Qué fue lo que le dijeron por teléfono?

—Ya le dije que fue una mujer. Dijo que por lo visto yo había sabido arreglarme sin que nadie supiera nada, pero que para que las cosas siguieran igual debía pagar cinco mil dólares o todo el mundo en Bakersfield sabría qué era yo y dónde había estado... Le juro que no entendí nada, pero me asusté. No se necesitaba ser muy lisa para comprender que intentaban hacerme chantaje.

—¿Y...?

—Esa primera vez la mujer colgó antes que pudiera replicar.

—Pero hubo otras llamadas, supongo.

—Sí... Me dijo que destruiría completamente mi «fachada», que las organizaciones femeninas de la población sabrían que yo había sido una... una cualquiera, y que estaba fichada como prostituta —terminó apresuradamente.

—Ya veo. ¿Pagó usted?

—No. Todo era falso y acudí al comisario. Es un hombre excelente, que me conocía de toda la vida. Se lo conté todo. El me tranquilizó, pero no se tomó la cosa muy en serio.

—¿No hizo nada?

—Por lo menos, sus pesquisas no dieron ningún resultado. No pudo encontrar a la mujer que me había amenazado.

—¿No intervino su teléfono?

—No.

—Eso fue un error.

—Bueno, pasaron dos semanas sin que ella diera más señales de vida. Luego, un día, volvió a telefonarme. Se mostró segura de sí misma, demostrando que me conocía muy bien, que sabía todo sobre mi vida. Y dijo que debida a las dificultades que yo le estaba creando al acudir a la policía, la cantidad se había elevado a diez mil dólares. Me dio un plazo de una semana para pagar.

Rick sonrió.

—El comisario fue un estúpido al no intervenir su teléfono, pero esa dama tampoco era muy lista que digamos. ¿Qué pasó después?

—Bueno, decidí decírselo a mi hermano. Él vivía aquí, en la ciudad.

—¿Tenía usted dinero suficiente para pagar diez mil dólares?

—Sí lo tenía. Mi negocio marcha muy bien, y hace muchos años que lo tengo. Pero yo no quería pagar ni un centavo. No por una causa tan vil como ésa.

—Naturalmente.

—Decidí pedirle a Steve que viniera a verme. Steve es mi hermano... Era mi hermano

—su voz se quebró y, necesitó un esfuerzo para contener los sollozos.

Rick murmuró:

—Sigue siéndolo, según mis noticias.

Ella sacudió la cabeza. El detective no insistió. Necesitaba saber toda la historia si quería saber por dónde navegaba.

—Volvamos a la chantajista. Usted no quiso pagar, pero ella insistió, supongo que dándole otro plazo. ¿Fue así?

—No exactamente. Tres días después del ultimátum me dijo que lo tenía todo listo para destruirme ante toda Bakersfield. Al mismo tiempo, me dio instrucciones para pagar. Ya sabe; donde debía llevar el dinero, la manera de entregarlo... todo eso.

—¿Algún lugar desierto tal vez?

—Al contrario. Debía hacer entrega del paquete con diez mil dólares en este hotel.

—¡Que me ahorquen! Por eso estaba usted aquí anoche...

—¿Lo sabía usted... antes que yo se lo dijera?

—Por supuesto. Es usted muy hermosa, Marie. Un botones la vio sentada en el vestíbulo y se fijó bien en usted.

—Comprendo... Sí, estuve aquí. Pero siguiendo las instrucciones de mi hermano entregué un paquete envuelto en papel fuerte conteniendo solamente recortes de periódico.

—Vayamos por partes. ¿A quién lo entregó?

—Al recepcionista.

—¿Qué?

Casi se levantó, sorprendido.

—Eran las instrucciones. Debía entregarlo en recepción, a nombre de

Margie, nada más. Sólo que pensé descubrirla, ¿sabe? Por eso me quedé en aquel rincón, casi oculta por una palmera enana. Fueron las horas más largas de mi vida.

—Ahora comprendo... y vio a la tal Margie, por supuesto.

—Sí.

—¿Era alguien a quien usted conocía?

—No lo sé... su figura y lo poco que vi de su rostro me recordaban a alguien, pero sólo la vi unos instantes, muy fugazmente, cuando recogió el paquete. Ella estaba de espaldas a mí y yo no me atreví a mostrarme, ¿sabe? Pero la vi subir en el ascensor, llevando el paquete. Yo subí por las escaleras casi corriendo... Bueno, ella entró en la habitación doscientos seis.

—Debí suponer que íbamos a llegar a eso. Pero continúe.

Ella tardó unos segundos en hablar de nuevo. Su voz pareció perder fuerza cuando murmuró:

—Fui una estúpida. No me atreví a llamar porque oí una voz de hombre en el interior. Tampoco tuve valor suficiente para acudir a la policía. Había algo sórdido en todo aquello, ¿comprende? Aquella mujer parecía tan segura... pensé que si lo tenía todo tan bien planeado, podría perjudicarme realmente. ¿Se da cuenta de lo que quiero decir, señor Downes?

—Creo que sí.

—Bueno, me fui a la calle tratando de hallar el valor que me faltaba para terminar con todo de una vez. Fui en busca de mi hermano, pero no pude encontrarle. Cené en cualquier parte y volví a intentar reunirme con Steve. Tampoco estaba en casa. Después supe que había salido con una chica y que no regresó hasta mucho más tarde.

—Está bien, usted regresó aquí — dijo él, enderezando el relato.

—Sí. Al fin me decidí. Así que volví, subí a la habitación doscientos seis y llamé a la puerta varias veces. No me respondió nadie. Probé el tirador y la puerta se abrió, ¿sabe? Y entonces lo vi... ¡Dios mío, aquel hombre muerto...!

—¿Está segura que no había nadie más que el cadáver en la habitación?

—No... no había nadie. Estuve a punto de desmayarme. Luego, vi el teléfono y di el aviso. Pero tenía un miedo espantoso y tan pronto colgué salí corriendo.

—Un momento. Según mis noticias, el conserje no la vio salir.

—Me extravié por los pasillos. Estaba como loca... Encontré una

escalera estrecha y descendí por ella. Al final había otro laberinto, una cocina desierta...

—Ya veo. Salió usted al jardín posterior del hotel.

—Sí.

—¿Y cuando abandonó, en la habitación no había nadie más que el hombre muerto?

—Yo no vi a nadie más.

Rick suspiró, notando un escalofrío recorriéndole el espinazo.

—Muchacha, creo que usted volvió a nacer aquella noche.

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque estoy seguro que el asesino estaba oculto en alguna parte... en el baño quizá.

—¡Dios Santo, no!

—No puede ser de otro modo, para que el escaso tiempo que pasó desde su llamada hasta que yo subí a investigar fuera suficiente para que él hiciera desaparecer el cadáver arrojándolo por la ventana. Debió salir de estampida después de hacerlo, y así y todo estoy seguro que le pisé los talones...

—Es horrible... y esta noche, Steve...

—Mató al tipo hundiéndole el cráneo —le interrumpió él de mal talante—. ¿Quién era el fulano, un cómplice de la chantajista?

Ella desorbitó los ojos.

—¿Qué dice?

—Yo hablé con su hermano esta noche pasada, y el tipo muerto que yo vi no era él.

—¡Que usted...! Es todo una locura.

—Quizá me equivoque, pero usted era la muchacha oculta en la escalera, a oscuras, cuando yo me chamusqué los dedos tratando de verla.

Ella se levantó de un salto, aturdida.

—¡Era usted! El cabeceó.

—¿Qué le parece? Y huyó usted para venir en mi busca. ¿Qué estaba haciendo allí?

—Había ido a ver a mi hermano... estaba asustada, aturdida. Conseguí encontrarle por teléfono... me dijo que estaba esperando a alguien, pero que fuera, que entre los dos podríamos arreglar mejor todo el asunto...

—Estaba esperándome a mí —dijo Rick—. Pero algo debió suceder

para que se decidiera a matar al otro tipo antes que yo llegara.

Ella estaba temblando, como si estuviera al borde de un ataque de histeria.

—¿Usted no comprende...! ¿No se da cuenta señor Downes? ¡Es a mi hermano a quien mataron!

Esta vez fue él quien dio un brinco.

—¿A su hermano? —balbuceó—. ¿Quiere decir que el hombre muerto en aquel apartamento de la calle Redlands era su hermano?

Ella asintió. Al fin, las lágrimas habían desbordado sus ojos y rodaban por sus mejillas.

—No lo entiendo... yo hablé con alguien que me dijo que era Steve Quinn... y le aseguro que no se parecía en nada al hombre que yo he visto muerto esta noche.

La muchacha no replicó, luchando por contener las lágrimas. Al cabo de unos segundos, Rick añadió:

—Cálmese. Perdiendo los estribos no llegaremos a ninguna parte, muchacha.

—Ha sido todo tan horrible que todavía no comprendo cómo no me volví loca.

—Lo comprendo. Ahora, volvamos a la noche. Usted fue al encuentro de su hermano, a ese apartamento. Pero no entró en él, desde el momento que estaba oculta en la escalera cuando yo llegué. ¿Por qué?

—Porque oí voces excitadas en el interior cuando llegué ante la puerta. Traté de entender lo que decían, pero fue imposible. No supe si llamar o no... mi hermano me había dicho que esperaba a alguien y que entre los dos podríamos arreglar más fácilmente todo el desagradable asunto. Bueno, titubeé, porque el tono de las voces era de disputa. Me disponía a llamar cuando le oí subir a usted y tuve miedo.

—Comprendo. El asesino debió descargar su golpe en aquellos precisos instantes...

Ella se estremeció, mirándole con sus grandes ojos cargados de incertidumbre y temor.

Y de pronto dijo:

—Si yo... si hubiera sabido desde un principio que usted intervenía en el caso...

—¿Sí?

—Sé que puedo confiar en usted, señor Downes — confesó espontáneamente—. Ojalá lo hubiera sabido cuando estuve aquí aquella

tarde, con mi ridículo paquete de recortes de periódico.

El sonrió.

—Tal como usted dice, ojalá lo hubiera hecho. Posiblemente, muchas cosas que han ocurrido se hubieran podido evitar.

Ella sostuvo su mirada y en sus ojos había un brillo extraño y húmedo.

—¿Qué cree que podemos hacer ahora? — murmuró

—En primer lugar, algo que va a resultarle desagradable. Quiero que vea el cadáver de una mujer.

Ella dio un respingo.

—¿Por qué yo? — balbuceó.

—Porque no me cabe duda que es la mujer que quiso extorsionarla. En segundo lugar, porque quizá usted al verla pueda aclarar muchas cosas que todavía son un misterio... entre ellas, la razón por la cual utilizaba el nombre de Marie Quinn para sus embrollos.

La muchacha se quedó boquiabierta de asombro.

—¿Mi nombre? —dijo en un susurro—, ¿Cómo es posible?

—Eso es lo que quisiera saber, y tengo la esperanza de que se aclare en cuanto usted la vea. Le diré que esa mujer que ahora está muerta es la que recogió el paquete de recortes de periódico y que usted sólo pudo ver de refilón.

—Comprendo...

—Vamos, le contaré el resto por el camino.

Rick condujo el coche en silencio durante unos minutos. Después dijo inesperadamente:

—¿Vive usted sola en Bakersfield?

—Sí... en una casa demasiado grande. Mi hermano me cedió su parte porque él está... está... estaba establecido aquí, en la ciudad. Mi negocio es bueno y vivo bien, conozco a todo el mundo...

Su voz se extinguió de pronto.

Él sonrió.

—Cálmese —dijo—. Dentro de un tiempo todo habrá pasado y sólo será un recuerdo, cada vez más lejano. No se detiene la vida sólo porque recibamos algún que otro porrazo, ¿comprende?

—Sí, sí, claro... ¿Sabe usted? Es bueno tener a alguien en quien poder confiar.

El la miró de refilón. Le sonrió y siguió conduciendo rumbo al depósito de cadáveres.

Capítulo 6

EL capitán Maty tenía una cara de sueño que daba grima. Les miró y sus ojos no tenían otra expresión que la del cansancio.

—Muy bien — dijo, ceñudo—. ¿La ha reconocido? Marie asintió con un gesto. Estaba terriblemente pálida. Rick añadió por su cuenta:

—No ha sido nada agradable, pero ahora sabemos concretamente quién era la pájara.

Según Marie, se llamaba Julie Harley.

—Déjela que sea ella quien lo cuente —dijo el policía, fastidiado.

Marie, sentada en el borde de una silla, corroboró lo dicho por el detective.

—Julie Harley era su nombre. Hace tres o cuatro años estuvo empleada en mi perfumería... Era una chica que siempre estaba envuelta en líos con hombres, no atendía al trabajo... Bueno, hube de despedirla. Se enfureció terriblemente, lo recuerdo muy bien.

—Ya veo...

—Después de eso, durante los primeros meses, vino muchas veces a la tienda en plan de diente... provocativa, desafiante... Fue por aquel tiempo que me desapareció el bolso. Nunca más lo encontré y hube de renovar toda mi documentación personal.

—Claro, claro... eso explica que esa pájara dispusiera de unos documentos legales a nombre de Marie Quinn, con cuyo nombre fue detenida y procesada.

Rick gruñó:

—A juzgar por lo que Marie me ha contado, ese proceso y su encarcelamiento, era lo que pensaba esgrimir para asustar a Marie y obligarle a pagar diez mil dólares. Cuéntale la historia al capitán.

Ella lo hizo, nerviosa y todavía bajo los efectos de la tormenta que había vivido en pocas horas y la tétrica visita al depósito de cadáveres.

Maty la escuchó sin despegar los labios, limitándose a mirarla cansadamente. Cuando ella terminó asintió con un gesto.

—Muy bien, hemos adelantado mucho gracias a usted —dijo al fin— Seguramente, con los datos de que ya disponemos podremos seguir el rastro de esa pájara, y en algún punto de su camino encontraremos el tipo. A partir de ahora es una labor de rutina.

Rick asintió. Luego gruñó:

—Se me ocurre que la cosa puede tener otra vertiente, Maty.

—¿Cuál?

—Ese maldito matarife trató de liquidarme, con toda seguridad porque yo puedo identificarle. No olvide que se me presentó como el hermano de Marie.

—Siga...

—Él quería localizarla cuanto antes. Era otro eslabón que debía hacer desaparecer. Por eso se arriesgó tanto.

—¿Y...?

—Si yo represento un riesgo para él, Marie está en las mismas condiciones.

—Ya veo.

—Yo puedo cuidarme solo, pero ella no.

—¿Y qué sugiere?

La muchacha estaba mirándoles asombrada.

—¿Quieren decir que ese horrible individuo intentará matarme a mí también? —jadeó.

—Pudiera ser.

—¡Oh, no!

Estaba realmente aterrada.

Maty dijo con voz que trataba de controlar:

—No ganamos nada ocultándole la gravedad de la situación, señorita Quinn. Es mejor enfrentar la situación de cara. Usted está en peligro y eso es un hecho.

—Pero... pero si yo ni siquiera sé quién es ese hombre.

—Muy bien, pero él no está seguro. Y ya ha demostrado que un crimen más o menos no le detiene.

—¡Dios! ¿Y qué puedo hacer?

—Pondré un hombre vigilándola en todo instante hasta que

hayamos cazado a ese bastardo —decidió el capitán.

—Pero yo he de regresar a Bakersfield — protestó la muchacha—. No puedo abandonar mi tienda tanto tiempo...

Maty gruñó, disgustado. Luego murmuró:

—Quizá sea lo mejor. Si él sospecha que estamos buscándole estará muy ocupado manteniéndose oculto. No se le ocurrirá que usted esté en su casa tranquilamente.

Rick intervino, mirando a Marie:

—El capitán tiene razón. Aunque con algunas salvedades...

—¿Qué quieres decir? — musitó ella.

—Hace tiempo que no me tomo unas vacaciones. Por otra parte, creo que me gustará Bakersfield para pasar unos días de descanso.

Maty exclamó:

—¡Que me ahorquen!

—Dame un día para arreglarlo con el hotel y podrás disponer de una escolta privada.

Nunca actué de guardaespaldas, de modo que será una novedad.

Los ojos de la muchacha brillaron.

—¿De veras harías eso por mí?

—Ya puedes asegurarlo. El capitán rezongó:

—Si no lo veo no lo creo. Ella se volvió hacia el policía.

—¿Cuándo podré marcharme, capitán?

—Bueno, voy a tenerla muy ocupada durante todo el día de hoy. Quiero que preste declaración legal, que espere hasta que sea pasada a máquina y luego la firma... Digamos que a última hora de la tarde estará usted libre.

—Entonces, mejor será que te vayas mañana por la mañana. Yo me reuniré contigo a la noche, a menos que prefieras esperar y hacer el viaje conmigo.

—No puedo... de veras que no. Ya llevo demasiado tiempo fuera, con la tienda abandonada en manos de las dependientas. Me iré tan pronto termine aquí.

—Muy bien — accedió Maty—, aunque personalmente no creo que corra usted ningún peligro en su casa. El fulano debe andar ocultándose en la ciudad, donde es más fácil pasar desapercibido.

—De todos modos, yo estaré con ella hasta que lo tengas entre rejas — insistió Downes.

—Nadie va a impedirselo —dijo el capitán, con evidente sarcasmo.

Quedaron de acuerdo en que la muchacha comparecería alrededor del mediodía para prestar declaración ante un estenógrafo. Tras esto, Rick se llevó a Marie hacia el coche.

Una vez en marcha, él dijo:

—Espero no causarte demasiadas molestias con mi presencia en Bakersfield.

—¿Cómo puedes pensar eso? En las horas que te conozco creo que todo ha cambiado. Rick, no sé cómo explicarlo, ¿sabes? Pero infundes una suerte de seguridad que una se sienta mucho más tranquila a tu lado.

—Tratándose de una muchacha tan adorable, no sé si eso es un elogio o un reproche.

En realidad, debería estar haciéndote la corte.

Ella sonrió.

—No vayas a estropearlo ahora — dijo.

—¿Estás segura que no te causaré problemas? Deberé estar siempre cerca de ti. Quizá tienes amistades íntimas en Bakersfield a las que no va a gustarles eso. Lamentaría estropearle algún... este... algún asunto más o menos sentimental.

—Si estás tratando de averiguar si hay allá un novio o algo así, olvídale. En cuanto a mis amistades, soy bastante mayor para saber lo que hago.

—Muy bien, era sólo una idea.

—Deja que yo tenga ideas también de vez en cuando. Downes estacionó el coche frente a la entrada del hotel. Ella preguntó, sorprendida:

—¿Por qué me has traído aquí, Rick?

—Porque vas a inscribirte en el hotel hasta que te vayas. Quiero tenerte cerca... y no sólo para tu seguridad.

—Creo que exageras.

El portero acudió para hacerse cargo del coche y llevarlo al garaje. Mientras entraban, ella exclamó:

—No tengo nada de equipaje a mano, Rick...

—No vas a necesitarlo por tan poco tiempo. Y el hotel no te pondrá inconvenientes por eso. Vamos, debes reconocer que estarás más segura en mi hotel que en otro cual— quiera.

—De eso no me cabe duda, por supuesto.

El conserje enarcó las cejas cuando el detective inscribió a la

muchacha. Después, la acompañó personalmente a la habitación asignada.

—Puedes descansar hasta la hora de presentarte a la policía —dijo—. Yo voy a estar muy ocupado hoy resolviéndolo todo para que me concedan unos días de descanso.

—Rick...

—Dime.

—¿Por qué haces eso por mí?

—Exactamente, no lo sé. Quizá porque, inconscientemente, ansío tener a alguien a quien cuidar y proteger.

—¿Siempre has vivido solo?

—Puede decirse que sí, lo mismo que tú, imagino.

—Desde que mi hermano se vino a la ciudad... No es agradable vivir tan solo, ¿no crees?

—Uno se acostumbra.

—Yo no me acostumbré.

El la miró al fondo de los ojos.

—Hay ocasiones en que, verdaderamente, deseo la soledad. Pero reconozco que no es bueno vivir siempre solo.

—¿Estás tratando de decirme algo o es sólo una manera de hablar?

—Quizá esté tratando de decirte algo.

—¿Cómo qué?

—Tampoco estoy muy seguro. Si te dijera que me he enamorado de ti, seguramente no sería cierto. Apenas nos conocemos. Y si te lo dijera correría el riesgo de recibir un tortazo, ¿no te parece?

—Creo que ya lo has dicho.

—Era una hipótesis.

—Y no has recibido ningún tortazo.

—Lo diré más concretamente. Desde que te conozco todo parece estar cambiando para mí. Estás constantemente en mis pensamientos, ¿comprendes?

—Creo que sí...

—¿Y...?

—No creo que haya respuesta a eso.

—Volviendo al tema de los tortazos... voy a arriesgarme un poco más.

—¿De qué modo?

No replicó. Sólo la sujetó por los hombros y la atrajo hacia sí

suavemente.

Un instante después sus labios estaban juntos. Se abrazaron, fundiéndose en una caricia interminable.

Rick Downes pensó que su estancia en Bakersfield iba a resultar algo muy agradable.

Apretó un poco más el cuerpo de la muchacha y eternizó el beso, sin acordarse para nada que ninguno de los dos había pegado ojo en toda la noche pasada...

Capítulo 7

MARIE puso en marcha el motor del coche. Por la ventanilla, Rick dijo:

—Vas a llegar en plena noche. Hubiera sido mejor que pasaras la noche aquí, linda.

—Prefiero estar allí mañana a la hora de abrir la tienda. Las chicas llevan demasiado tiempo solas. Es bueno que vean a la dueña al frente del negocio. Lo sé por experiencia.

—Está bien, como quieras. Yo saldré mañana, aunque no puedo precisar la hora.

Dependerá del trabajo y de cómo hayan podido arreglar los asuntos con el director.

—Estaré esperándote. Y si por cualquier causa no pudieras venir, llámame a cualquiera de los teléfonos que te di.

—Lo haré.

Inclinándose, la besó en los labios una y otra vez a través de la ventanilla. Alguien pasó por la acera y silbó irónicamente.

Marie susurró:

—Adiós, Rick...

—Hasta mañana.

Se apartó. Ella introdujo la marcha y condujo con cuidado hasta salir del estacionamiento.

Todavía pudo ver, por el retrovisor, al detective plantado en la acera viéndola alejarse. Aceleró y él desapareció definitivamente.

Fue un viaje que se le antojó mucho más largo que de costumbre. Lo aprovechó para analizar sus sentimientos. Reconocía que nunca ningún

hombre le había causado el impacto de Rick Downes.

Quizá fuera porque siempre estuviera demasiado ocupada para preocuparse de estos asuntos. O tal vez las circunstancias habían influido también. Pero al lado de él experimentaba una sensación de plenitud, de excitación y de paz al mismo tiempo que era suficiente para saber hasta qué punto el detective había penetrado en su corazón.

La noche cerró en plena carretera. Encendió los faros y continuó adelante, dejando que su mente tomara libremente los derroteros más insospechados.

Era agradable tener a alguien en quien pensar, de quién preocuparse, y sentirse comprendida y amada al mismo tiempo.

Cuando llegó a Bakersfield, la población dormía.

Casi sintió tristeza al llegar a la gran casa que le pertenecía, al pensar en su soledad, aunque probablemente pronto dejaría de estar sola...

Abrió la verja y condujo el auto al garaje. Un gran silencio planeaba sobre el jardín y el leve susurro del aire entre el ramaje era como una suave música. Le gustaba el lugar, y le gustaba la casa a pesar de sus dimensiones...

Abrió la puerta y encendió las luces. Ese era su hogar, y ojalá que le gustara a Rick lo suficiente para que fuera el de los dos.

Avanzó sin prisas, ensimismada.

Entonces apareció el hombre ante ella y Marie se quedó paralizada de espanto.

El desconocido llevaba una pistola en la mano y la fría expresión de su mirada daba escalofríos.

—No grite — dijo el asaltante—, no alborote y todo irá bien. Esta pistola casi no hace ruido, así que no me obligue a utilizarla.

—¿Quién es usted? — balbuceó la muchacha.

—Dejemos las presentaciones para mejor ocasión. Llevo mucho tiempo esperándola.

—Yo... no comprendo nada. ¿Qué es lo que quiere?

—Los negocios también pueden esperar. Venga, esta salita es ideal para conversar.

Ella miró desesperadamente a su alrededor. Podía intentar huir, seguro. Lo pensó, pero él dijo con la misma voz helada:

—Si lo intenta me obligará a disparar. A esa distancia nunca fallo. ¿No sería lamentable, preciosa?

Ella echó a andar hacia la salita. El encendió la luz y señaló un sillón con el cañón de la pistola.

—Siéntese ahí.

Obedeció. Sus piernas apenas podían sostenerla.

—¿Qué se propone? — musitó.

—Se lo explicaré. No voy a hacerle ningún daño a menos que me obligue a ello, pero he de tomar algunas precauciones.

Marie trató de dominar el pánico que empezaba a dominarla.

Junto a ella había una mesita enana y sobre la brillante superficie un teléfono. Quizá, si él se descuidaba, pudiera pedir ayuda...

Pero pronto se dio cuenta que con aquel hombre no tendría ni una oportunidad.

Se había colocado a su espalda, y de pronto una fina cuerda la rodeó. Apenas sin advertirlo se vio firmemente sujeta al sillón, inmovilizada.

—Así está mejor —comentó él con cinismo—. Ahora podemos empezar a tratar de negocios.

—Yo no tengo nada que tratar con usted...

—Ahí es donde se equivoca. Necesito ayuda, ¿entiende?

—No me importa.

—Yo creo que sí.

—Pero... ¿por qué yo, por qué ha tenido que elegirme a mí?

—Porque de usted sé todo lo que necesito. Y, naturalmente, porque usted tiene veinticinco mil dólares disponibles.

—¿Qué dice?

—Lo sé. Tiene usted una bonita suma en el Banco. Si saca veinticinco de los grandes no se armará ningún alboroto, y le quedarán muchos más todavía.

Ella aspiró hondo.

—Comprendo — dijo, y la voz le salió firme y violenta—. ¿Por qué no se lo lleva todo, ya que ha empezado?

—No me crea tan tonto, muñeca. Si quisiera secar su cuenta, los del Banco harían muchas preguntas y exigirían comprobantes, declaraciones y todo lo demás. Pero veinticinco mil dólares los pagarán sin chistar. Y serán suficientes para que pueda esfumarme durante una larga temporada.

—¿Esfumarse?

—Desaparecer. La policía seguramente está buscándome a estas

horas. No me encontrarán, por supuesto. Pero necesito para estar seguro... mucho dinero.

—¿Y después?

—Bueno, yo me iré y usted se quedará aquí, bien sujeta, hasta que alguien la encuentre, eso es todo.

De pronto, una idea estalló en la mente de la muchacha como un cohete.

—¡Usted! —gimió—. ¡Usted mató a mi hermano! El hizo una mueca.

—¿De qué habla? —gruñó sin convicción.

—¡Fue usted, por eso ha venido aquí! Sabía de mí gracias a Julie... y quiso probar suerte cuando el chantaje les falló.

—Está bien, así es. Pero le aseguro que su hermano no me dejó otra alternativa... le propuse un trato y no aceptó.

—¡Asesino!

—No grite o me obligará a amordazarla.

—¡Asesino! —repitió ella.

El criminal volteó la mano y la abofeteó.

—¡Le dije que no gritara!

Marie apenas sintió el dolor de los golpes. Estaba tan horrorizada que todo lo demás era algo lejano y nebuloso para ella.

—No haga las cosas difíciles, muchacha. Puede salir con bien de ésta si me ayuda. Pero la enterrarán si me pone obstáculos, y no crea ni por un momento que esto es sólo una amenaza.

Las lágrimas comenzaron a correr por las pálidas mejillas de la muchacha.

—¡Nunca le daré ese dinero! —sollozó.

—Cambiaré de idea.

Había guardado la pistola. Ahora sacó un cuchillo de resorte, y apretando el muelle hizo que la hoja saltara fuera de la empuñadura como la lengua de una serpiente.

—No se trata de morir o vivir —dijo—. Lo malo es cómo se muere, muñeca. Con un cuchillo como éste se pueden hacer arabescos en la cara de una chica tan hermosa... Eso no te gustaría, ¿verdad?

Ella se estremeció, mirando con ojos desorbitados la mortal hoja de acero. El criminal se echó a reír.

—Todo será fácil si te portas bien. Escúchame... Por la mañana telefonearás a la tienda diciendo que has llegado, pero que te encuentras indispuesta, así no extrañarán tu ausencia. ¿Entiendes?

Ella no encontró voz con que responder. El asesino añadió:

—Después, firmarás un cheque por veinticinco mil dólares, y una carta de pago para que el Banco no ponga dificultades. Yo cobraré ese dinero y me largaré. Ya ves si es sencillo.

—¿Y qué... qué hará conmigo?

—Ya te lo dije. Te quedarás aquí, atada y amordazada, hasta que alguien te encuentre.

Supongo que tendrás una mujer para la limpieza o algo así. Bueno, eso es todo.

Marie estaba seguro que él no la dejaría con vida después de obtener el dinero...

Necesitaba tiempo.

Ganar todo el tiempo posible.

Si por lo menos hubiera accedido a quedarse en el hotel de Rick... entonces hubiera venido con él y eso no estaría sucediendo.

Rick habría luchado. Y vencido sin ninguna duda...

—Me matará — murmuró.

—No. Te necesito viva, para el caso de que el Banco quisiera efectuar una comprobación o cualquier cosa por el estilo.

Ella sacudió la cabeza obstinadamente. El asesino se encogió de hombros.

—Tienes el resto de la noche para decidirte. Cuando amanezca quiero el cheque, de modo que tú verás lo que haces. Sólo déjame decirte que si me veo obligado a utilizar el cuchillo ya no me detendré hasta el final.

—¡Es usted un monstruo...!

—Aceptado. Pero un monstruo inteligente en todo caso.

—No podrá huir... la policía le detendrá cuando menos lo espere.

—Deja que sea yo quien se preocupe de eso, ¿sí?

Marie pensó que Rick nunca llegaría a tiempo. Estaba perdida y aquel hombre que le producía escalofríos se saldría con la suya.

Y ella moriría.

No podría dejarla viva para que le identificara algún día, eso era seguro. Sobre todo, teniendo en cuenta que ya pesaban sobre él varios asesinatos. No iba a detenerse por uno más.

—Nunca conseguirá mi dinero — dijo con voz rota.

—Yo creo que sí. Tienes un cuerpo bonito, ¿sabes? Estoy empezando a tener ideas respecto a ti, linda... Quizá no empiece a emplear el

cuchillo hasta haber comprobado si realmente eres tan pasional como pareces.

Ella se quedó sin habla. Y él añadió;

—Y después de divertirnos, te mataré de todos modos, así que elige. No te queda mucho tiempo.

Al fin, el terror la hundió.

Con una voz semejante a un quejido, murmuró:

—Firmaré...

—Estaba seguro que lo harías...

Riéndose, él acercó una silla y se sentó junto a la mesa. Para no verle frente a ella, Marie cerró los ojos.

Pero eso no la libró del pánico que la dominaba.

Capítulo 8

RICK DOWNES despertó cuando el sol entraba ya en su habitación. Al abrir los ojos se sorprendió de que hubiera podido dormir una noche entera sin interrupciones de ninguna clase.

Cuando acabó el desayuno encendió un cigarrillo, abandonó el hotel y, tras cazar un taxi, se hizo conducir al taller donde dejara el coche.

Su ex camarada de la policía exclamó al verle:

—¡Bueno! Parecías tener mucha prisa cuando lo trajiste...

—Te aseguro que me han tenido tan ocupado que no me acordé siquiera de este cacharro.

—Lo tienes listo. Hemos ajustado el carburador también. Observé que no funcionaba como es debido.

—Magnífico. Mándame la factura al hotel, ¿quieres?

—Seguro. ¿En qué clase de lío andas metido ahora?

—Si te lo dijera no lo creerías. Un embrollo en el que nadie es quien dice ser... En fin, al diablo con todo.

A bordo del coche recorrió la distancia que le separaba del edificio policíaco. Para él, el asunto iba a terminar esa misma mañana, porque después iba a estar muy ocupado en su propio romance.

Encontró al capitán Maty sentado en su despacho. También él tenía aspecto de haber pasado una buena noche.

—Hemos adelantado un poco más —dijo, después de estrecharse las manos—.

Siéntese y se lo contaré.

Rick acercó una silla, sentándose y encendiendo un cigarrillo.

—He venido para dejar bien sentado que, en lo que a mí concierne,

todo este desgraciado embrollo terminé, capitán.

—¿De qué habla?

—He pedido unos días de permiso al hotel. Voy a pasarlos en Bakersfield. Maty achicó los ojos.

—De manera que va en serio... Mordió el anzuelo.

—Algo así.

—Reconozco que la chica es una preciosidad, pero llegué a creer que usted estaba inmunizado contra esa enfermedad llamada matrimonio.

Se echó a reír. Apurado, Rick gruñó:

—Bueno, todavía no estamos casados. Es sólo el principio.

—Reconozco los síntomas cuando los veo. Ya no tiene escapatoria, amigo.

—Cambiemos de tema — bufó el detective—. ¿Qué adelantos son los que me ha anunciado?

—Puse a todos mis hombres tras las huellas de esa Julie Harley, la falsa Marie. Hemos podido reconstruir sus últimos meses de vida con bastante exactitud. No era a» modelo de virtudes precisamente.

—Eso no necesita jurarlo.

—Hay algo más, Downes... algo realmente importante.

—Está lleno de sorpresas esta mañana, Maty...

—Nos hemos movido mucho.

—Bueno, suéltelo. El suspense me gusta en las novelas solamente.

—Sabemos quién es el tipo.

—¿El tipo?

—Seguramente el asesino.

—¡Diablo, sí que es una gran noticia!

—Descubrimos que un individuo era asiduo acompañante de Julie Harley. Obtuvimos descripciones contradictorias, ya sabe usted cómo es. Bueno, al fin, uno de mis muchachos localizó el pequeño apartamento donde ella había vivido. Se tomaron las huellas que había en él, todo un surtido, tanto de mujer como de hombres.

—¿Hombres, en plural?

—Así es. La dama debía prodigarse bastante.

—¿Y...?

—Cotejamos las huellas obtenidas con nuestras colecciones. Las de mujer correspondían a la muerta, por supuesto. En cuanto a las de hombre, las había de cuatro tipos distintos, aunque las de uno eran mucho más abundantes.

—Ya veo...

—Eran las únicas que teníamos en nuestros ficheros. Un tipo muy vivo llamado Don Raikes. Detenido un par de veces por estafa primero y explotación de mujeres después. Cumplió una corta condena tan solo.

—¿Y cree que ese fulano es el criminal?

—Bueno, es sólo una deducción, una corazonada, si quiere. De usted depende en gran parte estar seguros.

—Comprendo,

—Tenemos sus fotografías. Si es el mismo tipo que se hizo pasar por Steve Quinn y habló con usted en el hotel, podremos estar razonablemente seguros. Estaba a punto de llamarle cuando usted llegó.

—Muy bien, veamos esa preciosidad.

El capitán tomó un *dossier* amarillo que había sobre la mesa.

Abriéndolo, sacó una ficha en la que campeaban dos fotografías de un hombre, de frente y de perfil.

—¿Qué le parece, es el tipo que usted vio? Rick ni siquiera dudó.

—El mismo. Un poco más joven en estas fotos, pero no hay ni la sombra de una duda.

Este es el maldito tipo.

—Ajá. Lo hemos conseguido. Ahora es sólo cuestión de tiempo echarle el guante.

Pondré en marcha la maquinaria y no tardará en caer.

—Le felicito, Maty. Ha sido un buen trabajo.

—Rutina. Ya sabe cómo funciona esto...

—Lo sé. Para los hombres que llevan a cabo la tarea, representa recorrer millas y millas sin resultado... hasta que salta la chispa. Dediqué muchas horas a trotar de un lado a otro en misiones semejantes.

—No es divertido, realmente.

—Ni pizca. De modo que un explotador de mujeres... Se me ocurre que esa personalidad sugiere una explicación razonable a lo sucedido en el hotel, ¿eh?

—¿Qué quiere decir?

—A la muerte del falso Sam Jones. El truco de la estafa matrimonial.

—Ya veo.

—Cuanto más pienso en ello, más seguro estoy. La chica cazó a un incauto, en éste caso John Casey. Este perdió la cabeza por ella hasta el punto de quedar citados en mi hotel para unos días pasionales. Por eso

se inscribió con nombre falso, pidió champaña y organizó la cosa del modo clásico...

—Y ella se le reunió allí, por supuesto.

—Claro. Julie Harley debía recoger el paquete en que pensaba encontrar diez mil dólares en la recepción del hotel. Mató dos pájaros de un tiro.

—¿Y luego?

—En plena fiesta pasional, se presentó el supuesto marido, o sea, el socio de ella. Es la estafa más burda de toda la historia, pero casi siempre da resultado.

—«Casi» siempre — puntualizó Maty, ceñudo—. Porque esta vez les falló.

—Les falló seguramente porque la víctima advirtió e; truco y se negó a pagar. Quizá se disponía a llamar a la policía, el caso es que ese Don Raikes se vio obligado a matarlo.

—Hasta aquí, estos son también mis razonamientos.

—Lo demás no es difícil de imaginar. Julie Harley se asustó. Una cosa es estafarle un puñado de billetes a un tipo, y otra muy distinta matarle. Raikes limpió el cenicero porque había colillas con carmín seguramente. Pero antes que pudiera hacer lo mismo con las copas, Marie Quinn llamó a la puerta. Hubieron de esconderse precipitadamente, seguramente en el baño...

—Después, la muchacha entró, dio el aviso por teléfono y huyó. El maldito debió moverse muy aprisa para lanzar el cadáver por la ventana y sembrar así el desconcierto, antes que usted fuera a investigar.

—Eso mismo pensé yo.

—¿Me permite que siga yo ahora? — rió Maty—. No crea que ha sido usted sólo quien se ha roto los sesos pensando en este asunto...

—Sí... Mientras Raikes se desembarazaba del cadáver, su cómplice, que debía hallarse aterrorizada por el crimen, huyó. Sólo Raikes, ya perdido el freno, la alcanzó en la plaza. Para entonces sabía que no podría confiar en ella. El terror es mal consejero. Así que la mató y de nuevo usted estuvo a punto de atraparlo...

—Exactamente. Y ya no podía detenerse. Él sabía que el chantaje ideado para desplumar a Marie había fallado. Seguramente vio los recortes de periódico. Quizá pensó que eran una trampa. Decidió que debía acabar con Marie Quinn si quería respirar tranquilo.

—Así es... Afortunadamente, ahora sabemos quién es y los lugares que solía frecuentar. No irá muy lejos.

Rick asintió, levantándose.

—Me alegro que todo haya terminado, Maty. Podré dedicarme a mis asuntos privados sin interferencias.

—Otra cosa, Downes...

Este enarcó las cejas.

—¿Más sorpresas?

—No... Sólo que cuando se casen usted y esa chica, quiero invitaciones. Rick se echó a reír.

—Si llega la ocasión, le nombraré padrino de boda. Creo que estará usted bastante aceptable con chaqué.

—Cuando se lo diga a mi mujer no va a creerlo...

El detective se despidió apresuradamente y anduvo calle abajo en busca del coche. Pensaba en Marie, en las bromas del capitán y en otras cosas.

Una extraña euforia le invadía, algo como no había sentido nunca. Si eso era el amor, pensó, resultaba vivificante.

Regresó al hotel para dejarlo todo dispuesto antes de su marcha. Quería preparar una pequeña maleta, aunque sólo fuera para una ausencia de tres o cuatro días.

Afortunadamente, no encontró ningún asunto esperándole. Dedicó los siguientes quince minutos en llenar una valija. Era casi el mediodía cuando terminó su entrevista con O'Donovan y se despidió de él.

La imagen de Marie continuaba fija en su mente y casi en sus retinas. Comenzó a antojársele que el tiempo que faltaba para verla era eterno y le sorprendió experimentar semejante impaciencia después de su larga experiencia.

Cerró la valija. Al fin, decidiéndose, descolgó el teléfono y pidió línea con el exterior.

La comunicación con Bakersfield fue casi inmediata. Oyó sonar el teléfono una y otra vez, monótono, sin resultado alguno.

Sorprendido, volvió a consultar sus notas. Aquél era el teléfono de la tienda de perfumería y a esa hora debía estar abierta...

Ya desesperaba cuando oyó descolgar al otro extremo. Una voz de mujer que se le antojó cansada dijo:

—Perfumería Coral, hable...

—¿Marie? Quiero hablar con la señorita Quinn.

—Oh, no está aquí. Llamó y dijo que se encontraba indispuesta. No creo que venga en todo el día.

—Lo siento... Gracias de todos modos.

Cortó la comunicación. Tras unos instantes de vacilación marcó el otro número que la muchacha le había dado, el correspondiente a su casa, y esperó.

También esta vez el aparato estuvo llamando muchas veces antes que fuera descolgado.

—¿Marie? Aquí Rick — dijo.

—¡Oh, eres tú...!

—¿Esperabas que te llamara otro admirador? Me han dicho en la tienda que estabas enferma. ¿Qué es lo que te pasa?

—Nada... me encuentro mucho mejor.

Su voz sonaba seca, extraña. Rick frunció el ceño, un tanto sorprendido.

—He preparado mi maleta, querida. Saldré esta noche, como te dije. ¿Sigues siendo tan linda?

—Es inútil. No quiero que vengas. No quiero saber nada más de ti...

Sonó un chasquido y la comunicación se cortó.

Estupefacto, Downes se quedó mirando el auricular como si éste pudiera darle una explicación al incomprensible comportamiento de la muchacha.

Finalmente, lo depositó en su sitio y se echó atrás en la butaca.

Aquello no tenía sentido. Ella no podía haber cambiado tan radicalmente en pocas horas... sin mediar explicación alguna, sin...

Se levantó de un brinco y cuando salió de estampida ni siquiera recordó la maleta, que quedó abandonada sobre el lecho como un objeto inútil...

* * *

La casa era mucho más grande de lo que había imaginado.

En la oscuridad, se le antojó a Rick un caserón siniestro, una masa negra en medio de un extenso jardín.

Atravesó éste silenciosamente. Al avanzar descubrió la luz en una ventana de la planta baja, pero la ventana estaba cubierta por unas cortinas y no pudo ver el interior.

Rodeó todo el edificio reconociendo el terreno, pisando como un gato, tenso. Quizá estuviera equivocado, pero su intuición le instaba a continuar adelante, porque algo debía estar sucediendo allá dentro, algo capaz de explicar por sí solo el incomprensible comportamiento de la

muchacha cuando le habló por teléfono...

No encontró ningún lugar por el que colarse al interior. Las ventanas estaban cerradas y eran sólidas, infranqueables.

Una puerta que daba a la fachada posterior estaba también cerrada con llave. Una inquietante urgencia le empujó a dirigirse a la puerta principal.

Instintivamente, acarició la culata del revólver en el bolsillo. Esta vez, si las cosas eran como temía, no le encontrarían desprevenido.

Sin titubear más, llamó al timbre oyéndolo sonar en el interior con un campanileo armónico.

Repitió la llamada una vez más y tras hacerlo corrió hacia la ventana iluminada. Las cortinas eran recias, impidiendo ver nada del interior.

Rick sacó el revólver, dio un golpe en el cristal y en un segundo hubo introducido la mano y descorrido el pasador.

Saltó dentro, enredándose con las cortinas. Cuando pudo librarse de ellas vio ante sí una habitación espaciosa, amueblada como sala de estar.

En el centro, cerca de una mesita, Marie estaba atada a un sillón. Tenía la boca cubierta por una tira de tela adhesiva y la mirada de sus ojos estaba cargada de espanto.

No había nadie más allí. Rick se deslizó hacia ella, pero la muchacha giró la cabeza y miró desesperadamente hacia la puerta abierta.

—Se fue por allí, ¿eh? —rezongó el detective entre dientes.

De un salto estuvo en el umbral. Entonces le llegó la primera bala, arrancando astillas del marco de la puerta, casi en su misma cara.

Apenas oyó el disparo. El tipo había vuelto a utilizar el silenciador...

—¡Falló, Raikes! —gritó.

Oyó la exclamación del otro. Ahora ya sabía que había sido identificado. Eso le haría ponerse más nervioso. Quizá cometiera un error... o tal vez acertara la próxima bala.

Pero no acertó. Rick la oyó zumbar y perderse. Durante casi un minuto no sucedió nada.

Después, se apagaron todas las luces.

Dio un brinco fuera de la estancia. Con esto no había contado. Oyó abrirse la puerta principal y corrió como un gamo.

Una bala trató de detenerle, pero acertar en la oscuridad era muy difícil. Pero ya era hora de que el asesino supiera que él también estaba

armado.

Así que disparó una vez hacia donde había brotado el fogonazo. Y la voz bronca de su 38 fue como el disparo de un cañón de asalto allí dentro.

Pasó otra puerta y vio el rectángulo en la entrada. Más allá, corriendo, la silueta de un hombre a punto de desaparecer en el jardín.

Rick se detuvo en seco. Apenas movió la mano cuando disparó desde la cintura. Siguió tirando del gatillo una vez tras otra mientras a su alrededor se elevaba el hedor de la cordita.

Allá, en la oscuridad del exterior, la sombra se detuvo en seco, trastabillando.

Después, con un quejido apagado, el hombre se derrumbó.

Downes salió. Sus pies, sobre la grava del sendero, chirriaron estruendosamente.

El criminal estaba caído de bruces. En sus dedos engarfiados conservaba una automática con el cañón prolongado por un largo silenciador «SS».

Inclinándose, Rick le dio la vuelta dejándole de cara a las estrellas. Aquél era el individuo que se le había presentado como Steve Quinn. Era Don Raikes.

—Ahora creo que ya tienes tu verdadera identidad, bastardo del demonio —refunfuñó el detective.

La identidad de un cadáver.

Volvió sobre sus pasos. En el vestíbulo encendió una cerilla para localizar la caja registro de la instalación.

Raikes había sacado uno de los plomos y él volvió a colocarlo en su lugar, con lo que las luces de la sala donde Marie estaba amordazada volvieron a encenderse.

Comprendió cuánto había sufrido la muchacha cuando vio el inmenso alivio que se reflejaba en sus ojos al verle regresar vivo. Toda la terrible angustia que le había atenazado se esfumó.

La libro de las ligaduras. Luego, con cuidado, le arrancó la tira que cerraba su boca.

—¡Oh, Rick, querido...!

La estrechó entre sus brazos, dejándola que se calmara.

—¿Te sientes mejor?

Marie ahogó sus sollozos y levantó la cara.

—Ahora sí —musitó.

Él se encontró besándola con desespero, llenándose de su aliento, de su amor, de todo el caudal de ternura que la muchacha atesoraba.

Después, cuando ella recobró la calma, murmuró:

—Estuve segura que vendrías... Si me amabas de verdad debían comprender que algo me sucedía al hablarte de aquel modo... Fue la única oportunidad que tuve. El... él estaba detrás de mí apoyándome un cuchillo en la garganta.

—Ya pasó. Jamás volverá a hacer daño a nadie.

—¿Huyó?

—No.

Ella se estremeció.

—Está en el jardín — aclaró Downes—. Muerto. Ahora, es mejor que llames al comisario. Este es asunto suyo.

Ella obedeció, hablando brevemente, todavía con la voz temblorosa. Después, volvió a refugiarse entre los duros brazos del detective.

—¿Cómo fue que ese maldito vino a parar aquí? — indagó Rick.

—Estaba esperándome cuando llegué... me sorprendió. Fue espantoso. Dijo que tenía que huir al extranjero... y necesitaba dinero. Me obligó...

—¿A qué?

—Resistí todo lo que pude... casi hasta que tú llamaste. Pero entonces hube de ceder o me hubiera matado. Firmé un cheque por veinticinco mil dólares, lo endosé y, además, me obligó a escribir una carta de pago.

—¿Cobró todo ese dinero?

—Sí... fue al Banco poco antes de que cerrasen.

—Entonces, ¿por qué demonios regresó?

—Él sabía que aquí estaba seguro hasta la noche. Usa a huir después de las dos de la madrugada para estar seguro de que nadie le vería salir de la ciudad... en mi coche.

—Comprendo.

—¡Oh, Rick, no puedes comprender! — exclamó Marie con salvaje vehemencia—. Estuvo diciéndome lo que iba a hacerme... antes de matarme. ¡Fue espantoso! Iba a matarme de todos modos...

—Ahora debes olvidarlo, querida. Ya pasó. La besó y ambos olvidaron todo lo pasado.

Olvidaron incluso que la puerta había quedado abierta.

De modo que el comisario les sorprendió estrechamente abrazados,

los labios unidos en un beso interminable, desesperado, que parecía haberles arrancado de este mundo.

El comisario carraspeó, gruñó y no obtuvo ningún resultado.

Al fin avanzó, tocó a Rick en el hombro y dijo con voz que reflejaba su estado de ánimo:

—Dejen eso para más tarde, ¿sí? Ahí fuera hay un "tieso" que exige atención preferente.

—Es todo suyo, comisario. Y otra vez, llame antes de entrar. Rozó los labios de Marie con los suyos, y sólo entonces se volvió.

—Bien, vamos con los trámites. Cuanto antes terminemos tanto mejor. Duraron mucho más de lo que él hubiera deseado.

Pero cuando la casa volvió a quedar silenciosa, sin cadáveres en el jardín, sin polizontes preguntones, sin nada que turbara la paz, ellos estaban juntos y casi amanecía.

Era todo lo que deseaban para reanudar lo que el comisario interrumpiera con su llegada.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España